

APOCALIPSIS EN EL PLANETA ISTRION

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



APOCALIPSIS EN E
PLANETA ISTRIO

Ralph Barb

CIENCIA FICCIO

SOLO MAYORES DE 18

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

563— *Un agujero en el espacio,* A. Thorkent.

564— *Vacaciones en la Tierra,* Lou Carrigan.

565— *Piratas espaciales,* Ralph Barby.

566— *La leyenda de un planeta,* A. Thorkent.

567— *Apocalipsis en el planeta Istrion,* Ralph Barby.

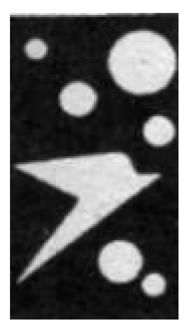
RALPH BARBY

APOCALIPSIS EN EL PLANETA ISTRION

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 567

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Deposito legal: B. 13.389-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1a. edición junio - 1981

Cubierta

Todos los personajes y entidades privadas que aparece
esta novela, así como las situaciones de la misma, son f
exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo
cualquier semejanza con personajes, entidades o he
pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Xardor!

El interpelado se volvió, acababa de salir del Paradis Sideral Club. Frente a sus ojos verdes estaba la figura obesa, casi bamboleante, de su amigo.

—¡Gilion!

—¡Xardor, un abrazo!

Ambos se fundieron en un abrazo, palmeándose la espalda. Gilion reía con facilidad, era un hombre amable, muy cordial.

—Xardor, ¿qué haces tú en el planeta Istrion?

—He venido a repostar y a pisar suelo firme para divertirme un poco. Ya sabes lo monótonos que resultan los interminables viajes espaciales.

—Sí, aburridos siempre que no viajes en una cosmonave vieja y te salgan problemas y fugas de aire por todas partes.

—Y tú. ¿qué haces por Istrion?

—Un buen encargo, compañero, un buen encargo.

—¿Posees cosmonave ahora?

—Si, una cosmonave de tercera mano que me ha costado más galisoles en reparaciones que si la hubiera comprado nueva. Un consejo de amigo: no compres nunca una cosmonave de tercera mano, sale demasiado cara aunque te la regalen.

—Lo tendré en cuenta, pero por ahora no me hace falta ninguna cosmonave.

—Claro, como ya tienes una. —Si, es una «Drac-555».

—¡Por mis piedras jupiterianas, eso sí es una cosmonave!

—Tampoco irá mal la tuya.

—Tuve que pedir un crédito para reparaciones.

—¿Y te lo concedieron? —se asombró Xardor.

—Oh, si, gracias al aval de la compañía que la ha fletado, todo han sido facilidades. Es algo que nunca acabaré de creer.

—¿Y qué clase de encargo te han hecho?

—No lo vas a imaginar nunca.

Xardor miró irónico a su amigo Gilion.

—Si no me lo dices...

—Robots, todo un cargamento de robots.

—¿Robots, para vender en el planeta Istrion?

—Sí, hay que distribuirlos por todo el planeta.

—¿Te encargarás tú mismo?

—Si, poseo un atom-hovercraft furgón, me haré unos cuantos viajecitos. El planeta es grande y hay muy pocos lugares habitados, pocas colonias.

—Sí, pocas colonias pero muy efectivas.

—Del planeta Istrion se extrae casi el ochenta por ciento del reimgton, nuestra materia nucleoenergética más importante, la que mueve todas nuestras cosmonaves, incluidas, por supuesto, las milicianas. Si dejáramos el reimgton, tendríamos que dar un paso muy grande hacia atrás en nuestra evolución tecnológica, volveríamos a la fisión del hidrógeno, tan peligrosa y que tantos daños y muertes causó durante su uso, y quién sabe si volveríamos al plutonio y al uranio.

—No, no creo que demos jamás ese paso atrás en nuestra evolución tecnológica. Tenemos reservas de reimgton para mucho tiempo, podría decirse que al ritmo que lo consumimos es inagotable.

—Es cierto, y se pagan buenos salarios a los que quieren trabajar aquí en la extracción del reimgton.

—Y como se pagan buenos salarios, existen buenos clubs y otras diversiones porque se pueden pagar.

—Si, es un planeta en el que los galisoles corren con facilidad, por eso la empresa que me ha contratado podrá vender bien sus robots.

—¿Y qué especialización tienen esos robots?

—No lo sé, me han dicho que se venderán a particulares. Son robots grandes, pesados. No creo que se vayan a utilizar para hacer las coladas ni limpiar el polvo de los hábitats de los mineros.

—Sean como sean, que tengáis suerte con la venta. Como tú has dicho, aquí hay buenos salarios y los galisoles corren con fluidez. Aunque los robots no sirvan para nada, seguro que se venderán.

—Hay que celebrar este negocio mío y no puedes decirme que no. Es el primer contrato importante que atrapo desde que empecé como transportista espacial independiente.

—No seas tonto. Gilion, ya sabes que aquí los precios de las diversiones son muy caras. Por otra parte, yo me marcho del planeta antes de veinte horas.

—Si no puedo despilfarrar unos galisoles con un amigo, ¿para qué me sirve el dinero?

—De acuerdo, Gilion. He de preparar mi cosmonave para el próximo despegue, pero haré tiempo para ti.

—Oye, ¿quién viaja contigo en la «Drac-555»?

—Lletsó y Opal.

—A Lletsó le conozco, pero Opal no sé quién es. —Es joven, nuevo en la aventura sideral. Cuando se licenció de la milicia confederal buscó un empleo y el primero que encontró fue el que yo le di. Es capaz de conseguir maravillas con la telecomunicación.

—Que vengan los dos, cuantos más seamos más nos divertiremos —dijo Gilion con su voz medio cascada.

Camil Xardor sonrió; no podía rechazar la invitación del antiguo amigo al que no veía desde hacia mucho tiempo y aventurándose

cada cual por su lado por los espacios interestelares, era muy posible que no volvieran a verse jamás.

—De acuerdo. ¿Dónde nos encontramos?

Camil Xardor comentó aquel encuentro con sus amigos y compañeros de la cosmonave «Drac 555» y a ellos les pareció bien aceptar la invitación de Gilion.

—Siempre ha tenido mala suerte y, pese a ello, ha permanecido gordo —explicó Camil Xardor a sus compañeros de aventuras siderales.

—Yo le conozco bien —dijo Lletsó— y es un tipo magnifico.

A la hora acordada y en el lugar indicado, Xardor, Lletsó y Opal aguardaban a Gilion, pero éste no se presentaba y mientras ya habían tomado unas cervezas lúpicas de extrafermentación.

—Es muy raro, Gilion es puntual —dijo Camil Xardor.

Lletsó hizo observar:

—Será una pena que falle, ya tenemos la cosmonave lista para partir. Hemos dado hora al centro de control del astropuerto y ha comenzado la cuenta atrás.

—Haré una llamada a Gilion —decidió Camil Xardor apartándose del mostrador del club donde estaban bebiendo mientras unas proyecciones ultraholográficas sin pantalla hacían las delicias de los concurrentes, pues dos chicas espléndidas bailaban una danza supererótica. Tal parecía que estuvieran allí delante y, sin embargo, no eran más que una proyección en vertical, pero tan perfecta que para saber si eran reales o sólo una proyección, había que hundir la mano y el brazo detrás en las muchachas y si no se encontraba resistencia quedaba demostrado que se trataba de una proyección.

En torno a la pista de las proyecciones, circular y de unos diez metros de diámetro, había un invisible campo electroestático para impedir que los espectadores saltaran a la pista, estorbando la proyección.

Xardor puso medio galisol en la ranura del videoteléfono público y luego pulsó los botones correspondientes al astropuerto. Apareció una mujer joven y bonita que le dijo:

—Aquí el astropuerto del planeta Istrion.

—Quiero contactar con Gilion, tiene su cosmonave detenida ahí.

—Un momento, por favor.

La chica desapareció. La pantalla se iluminó en rojo y al poco apareció un hombre rubio de cabello hirsuto y recortado, ojos glaucos y una boca fina y delgadísima, apenas un tajo bajo la nariz.

—¿Quién llama?

—Soy Camil Xardor, quiero contactar con Gilion.

—Gilion está en la clínica de urgencias.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Camil Xardor sorprendido, frunciendo el ceño con inquietud.

—Un leve accidente sin importancia. Llame a la clínica Phenix.

El tipo rubio de los ojos glaucos se esfumó en la pantalla. Camil Xardor introdujo otro medio galisol en la ranura y aguardó.

—Aquí centro oficial de videoteléfono al servicio de los usuarios —le dijo una chica morenita de cabello recortado y aspecto asiático, con alguna mutación cromosómica debida a haber habitado sus ancestros en el planeta Venus.

—Quiero hablar con Gilion, se halla en la clínica Phenix.

—Un momento, por favor.

En cierto modo. Xardor estaba tranquilo al saber que el accidente había sido leve.

Gilion apareció en pantalla. Tenia un casco terápico que le cogía el cráneo y le dejaba el rostro libre. Permanecía tendido en una cama: a su lado estaba la mesita de noche y sobre ella, un panel de luces y controles.

Algunos cables que iban del casco terápico al cuadro de control antomático, avisaban a los facultativos en caso de problemas.

—¡Gilion!

—Ah, si eres tú, Xardor —dijo con dificultad para mover la

mandíbula. —¿Qué te ha pasado?

—Soy un desgraciado, todo lo malo me ocurre a mí.

—Pero ¿qué te ha sucedido? —insistió Xardor.

—Estábamos descargando los robots y no sabia que uno de ellos estaba conectado.

—¿Conectado, dices?

—Si. De forma estúpida ha levantado su brazo, se ha girado y me ha golpeado en la sesera, por poco me la parte por completo.

—¿Y qué tienes en realidad?

—Conmoción con una fisura ósea. De ésta voy a salir bien, pero estaré unos días en cama y posiblemente me harán un implante de platino para asegurarse de que la fisura no tenga problemas en el futuro. Con la cabeza que yo tengo…

—Es una pena, Gilion. Teníamos que divertirnos mucho contigo.

—Que no se diga que no os podéis divertir por mi causa, todo lo que gastéis a mi cuenta y cuando volvamos a vernos, ya me contaréis.

—¿Crees que seriamos capaces de divertirnos a tu costa estando en la clínica con la sesera partida como tú dices?

—Por favor, Xardor, a mi cuenta, es un ruego.

—Está bien, pero dentro de unas horas partimos.

—No os preocupéis en venir a verme, están prohibidas las visitas y veo que el tiempo que me han dado para hablar por televideofono ha terminado.

— Suerte, Gilion.

—Gracias, y buen jolgorio, amigos.

No pudo añadir nada más, la pantalla del televideofono público enrojeció y la señal se perdió.

CAPÍTULO II

La cosmonave «Drac-555» se hallaba posada sobre la gigantesca plataforma de la colonia terrícola itinerante Galia-Sídero-43.

Lo mismo Camil Xardor que Lletsó y Opal estaban allí, esperando partir con el equipo de científicos que debían de transportar.

La colonia espacial itinerante Galia Sidero-43 era una macro cosmonave; no alcanzaba grandes velocidades, pero era inmensa y poseía su propio astropuerto.

Las cosmonaves de tipo convencional podían posarse sobre la gran plataforma sin problemas y dentro laboraban casi dos millares de terrícolas.

En consecuencia, tenia todo lo que podía poseer una colonia terrícola en cualquier planeta, incluyendo diversiones, hospitales, polideportivos. etc.

Era una de las grandes conquistas de las que se sentía orgullosa la tecnología terrícola. Aquellas macrocosmonaves, en realidad colonias itinerantes, poseían un gran radio de acción y resultaban óptimas para la investigación completa de lejanos planetas y planetoides; no obstante, el personal de la Galia-Sídero-43 era renovado periódicamente para evitar problemas psicológicos por el paso de millares y millares de horas lejos de la naturaleza libre, fuera la que fuese, del planeta que tuviera un mayor parecido con la Tierra, cielo, aire, verdor, libertad…

La tecnología había avanzado en proporción geométrica, pero el ser humano terrícola, pese a la casi docena de mutaciones habidas en las diferentes razas habituadas a distintos planetas, seguía siendo básicamente un animal con sus instintos, sus herencias atávicas, sus amores, sus odios, sus ambiciones.

Camil Xardor penetró en la amplia sala de mandos, una sala con apenas controles, pues en ella se reunían los dirigentes y desde ella comandaban las distintas salas de control, motores, telecomunicación, mantenimiento, servicio de seguridad interior, etc., servicios que a su vez quedaban coordinados por el gran computador central, siempre mimado y protegido para evitar cualquier avería.

El director general Mayer y los subdirectores adjuntos se hallaban reunidos en torno a una mesa luminosa dentro de la cual podían verse imágenes del cosmos, mapas que iban seleccionando y cuadriculando.

—Buena hora —dijo Xardor, a modo de saludo.

Los tres le miraron. Ninguno de ellos era joven, poseían larga experiencia en viajes espaciales. En los profundos pliegues de sus rostros se podía leer una vida muy activa como cosmonautas.

—Ah, es usted, comandante Xardor.

—Sí, soy Xardor y quería comunicarle personalmente que vamos a partir de aquí; ha comenzado la cuenta atrás.

Sin dejar de mirarle a los ojos, le dijo:

—Retrasará la salida.

—¿Cómo?

—Que tendrá que retrasar la salida, comandante Xardor.

—¿Por qué?

—Problemas.

—¿De la colonia Galia Sídero?

—No.

—¿De mi cosmonave, acaso?

—Tampoco.

—¿Entonces?

Los tres seguían mirando a Xardor. En realidad. Xardor era la juventud terrícola del espacio, la inteligencia, la fuerza, el valor, la aventura, pero le faltaba la experiencia que ellos poseían, y la experiencia obligaba siempre a tomar medidas con mucha cautela. Había que obtener muchos datos antes de dar una orden.

—Usted se dirige al planeta Tierra con su transporte humano, ¿verdad. Xardor?

—Exactamente, pero haremos escala en el planeta Istrion.

—Ahí está el problema, precisamente.

—¿Qué sucede con el planeta Istrion, acaso existe alguna epidemia peligrosa?

—No, no existe ninguna epidemia.

—¿Cuál es el peligro, entonces?

—El planeta Istrion se ha destruido.

La noticia era demasiado grave. Camil Xardor se había quedado sin palabras. Parpadeó un par de veces, y despacio, como para cerciorarse muy bien de lo que preguntaba, inquirió:

—¿Destruido totalmente, quiere decir?

—Si, allí no queda nada vivo.

—¿Cómo es posible?

—Mire, comandante.

Pulsó dos teclas y el firmamento que se veía en la pantalla que constituía la mesa, desapareció. Pudieron ver un gran globo iluminado en parte por una estrella sol.

—¿Qué es esto?

—El planeta Istrion —le dijeron con voz grave.

—No puede ser —rebatió incrédulo, mirando aquella masa medio iluminada—. Es una esfera gaseosa.

—Lo que ve es una capa de vapor recalentado de muchos kilómetros de espesor que envuelve al planeta completamente.

—¿Y debajo de la espesa capa de vapor?

—Un planeta que después de haber tenido vida biológica y colonias civilizadas con alto nivel de tecnología, ahora no tiene nada, sólo ríos de lava ígnea, océanos de fuego donde antes había océanos de agua. No existe ya una sola gota de agua sobre el planeta. Toda el agua está convertida en vapor recalentado, moviéndose en torno al planeta a grandes velocidades y provocando tormentas

apocalípticas. Pasarán siglos, quizá milenios, antes de que descienda la temperatura y comience a licuarse el vapor que envuelve al planeta. Las lluvias se sucederán por mucho tiempo hasta que vuelvan a llenarse los océanos. Puede considerarse un planeta muerto por muchos milenios.

—¿Y las colonias mineras que teníamos allí? —preguntó Xardor.

—Todo ha desaparecido —dijo lentamente, con dolor en la garganta.

—¿Hubo tiempo de que se salvara alguien?

—No, al parecer fue una destrucción súbita y no dio tiempo a escapar a nadie. Se han perdido cientos de miles de terrícolas que trabajaban de una forma u otra.

—¿No tienen imágenes de lo sucedido?

—Unas pocas, el vapor que se ha desprendido ha sido tan intenso que ha absorbido los satélites artificiales de observación. La capa supera los doscientos kilómetros de espesor.

—Además del problema humano —añadió uno de los vicedirectores— hemos perdido nuestra fuente del material núcleo energético, el reimgton.

—Es cierto —admitió Mayer.

El director pulsó de nuevo las teclas y apareció el mismo planeta, ahora radiante. Se podían ver los continentes, los océanos, los ríos, las nubes desplazándose empujadas por los vientos.

—Aquí estaba todo normal, nadie podía pensar en lo que iba a suceder momentos después. Estas imágenes las hemos podido captar a larga distancia con uno de los satélites autónomos que poseía el planeta Istrion para ser observado. Nuestra colonia itinerante, la Galia-Sidero-43, tiene enlaces con todas las colonias que quedan dentro de su radio de acción y por ello captamos imagen. Fíjese ahora…

De súbito, comenzaron a aparecer hongos luminosos que formaban grandes montañas de espeso humo.

—Pueden ser erupciones volcánicas —observó uno de los directores.

—A mi me parecen bombas nucleares de superfisión —opinó Xardor.

—Es posible, pero sea lo que fuere, ya no podremos, averiguar nada, todo ha quedado destruido.

Camil Xardor no apartó su vista de aquella transformación apocalíptica. Vio como los hongos se multiplicaban, las plataformas continentales comenzaban a desgajarse y todo el suelo del planeta se convulsionaba, abriéndose grandes tajos de los que comenzó a brotar la lava mientras el agua se convertía rápidamente en vapor.

El planeta semejaba que fuera a romperse como una nuez dentro del cascanueces, pero poco a poco dejó de verse y terminó por desaparecer a la visión hasta quedar sólo la masa gris iluminada por la estrella sol.

Todo era vapor, la esfera se había hecho enorme y ya nada vivo podía haber bajo aquella espesísima capa de vapor recalentado.

—Es como si se hubiera desatado una reacción en cadena —observó uno de los subdirectores.

—¿Pueden haber estallado las minas de reimgton? —preguntó Xardor.

—Ese peligro siempre había existido —admitió el director Mayer—. Sin embargo, soy escéptico al respecto.

—¿Qué cree que puede haber ocurrido?

—No sé, cada planeta es una incógnita. Si hubiera caído un planetoide o un meteoro gigante, se comprendería el cataclismo apocalíptico, pero nada de eso se ha visto.

Uno de los subdirectores observó:

—El meteoro puede haber caído por la cara que aquí no hemos visto.

—No lo creo, un meteoro habría sido detectado mucho antes de que arribase al planeta Istrion y toda la colonia hubiera tratado de ponerse a salvo. Había muchas cosmonaves gigantes preparadas y los mismísimos cargueros del reimgton en bruto habrían sido utilizados para la evacuación general. Ninguna cosmonave tuvo tiempo de despegar para escapar.

—Opino como usted. Mayer, que el cataclismo telúrico procede del interior del propio planeta, y no lo comprendo.

—Es posible que haya sucedido algo dentro de las minas y la macroexplosión subsolar se ha propagado por venas acuíferas, túneles o cavernas naturales, quién sabe, por ello ha aflorado por muy distintos puntos del planeta.

—¿Se sabe ya lo ocurrido en la Confederación Terrícola, me refiero al gobierno de la propia Tierra? —preguntó Camil Xardor.

—Aún no, no saben que han muerto tantos hombres y mujeres y que nos hemos quedado sin las minas de reimgton.

—¿Cuándo darán la noticia?

—Será usted quien la dé, Xardor.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Si la diéramos desde aquí, seria en banda múltiple de telecomunicación y captada por tanto por muchos receptores privados. Usted enviará el mensaje por teleláser cuando en el espacio haya alcanzado las coordenadas que le indicaremos. De este modo, será el gobierno el primero en enterarse de lo ocurrido, y será él quien decida cómo dar a conocer el desastre. Es una noticia muy grave, la peor desgracia que ha conocido nuestra civilización después de la que se dio en llamar la tercera guerra mundial.

CAPÍTULO III

La cosmonave «Drac-555», comandada por Camil Xardor, surcaba los espacios interestelares en dirección al planeta Tierra.

En su ruta pasaría a unos pocos millones de kilómetros del destruido planeta Istrion, un planeta al que nadie habría de regresar por ser completamente inhabitable.

Sus condiciones físicas eran las peores que pudieran imaginarse: altísimas temperaturas, gran presión atmosférica debida a los muchos kilómetros de espesor envolvente del vapor recalentado, miríadas de toneladas métricas de agua convertidas en vapor que se hallaba a varios cientos de grados de temperatura y con muy escasas posibilidades de enfriamiento en los siguientes siglos, ya que la propia capa de vapor impedía que escapara el vapor que había en la superficie del planeta.

A bordo de la cosmonave viajaban los empleados de la Galia-Sidero-43 que habían sido ya relevados y tenían derecho a largas vacaciones o a optar por otro empleo en el propio planeta Tierra.

Todos conocían lo sucedido y en vez de un ambiente de alegría, el pesimismo reinaba a bordo.

—¿Cuándo enviará el mensaje al gobierno confederal? —preguntó Helena, la jefe de relaciones públicas que controlaba a los viajeros hasta el planeta Tierra.

Todos estaban a su cargo y su misión era velar por ellos hasta que hubieran desembarcado; no obstante, quien a bordo tenia la autoridad máxima era el comandante Camil Xardor.

—Cuando llegue a las coordenadas prefijadas por el director Mayer.

Helena era una mujer morena de estatura mediana. Al igual que el propio Xardor, tenia los ojos verdes. Ambos carecían de mutaciones cromosómicas. podía decirse que eran representantes perfectos, cada uno en su sexo, de la especie terrícola.

—Dejando a un lado lo que significa esta monstruosa catástrofe, con la pérdida de tantas vidas humanas, vamos a tener problemas con la materia núcleo-energética.

—Si, nos hemos quedado sin un ochenta por cíenlo; es decir, muy reducidos en este aspecto.

—¿Sufriremos un retroceso en la evolución tecnológica?

—Puede ser, si no se encuentran nuevos yacimientos importantes de reimgton en otra parte o se descubre una materia similar y con igual poder. De lo contrario, tendremos que retroceder a la fisión del átomo y al plutonio, materias ya más que periclitadas en nuestra evolución tecnológica.

—¿Y el veinte por ciento que aún nos queda?

—Supongo que será utilizado para los servicios especiales, para las macrocosmonaves itinerantes, la milicia espacial y pocas cosas más. Para uso privado no habrá un solo gramo.

—Qué desastre —se lamentó Helena—. ¿Cómo pudo ocurrir semejante cataclismo?

—Se ignora totalmente, quizá no se sepa nunca.

—Yo tenia amigos en el planeta Istrion —comentó Helena con pesar.

—Yo también. Precisamente no hace mucho deje a uno de ellos en la clínica, reponiéndose de un mal golpe.

De pronto, al pensar en Gilion, una idea cruzó lacerante como un dardo láser a través de su cerebro. Helena notó aquel momento fugaz, pero de fuerte abstracción mental.

—¿Le sucede algo, comandante?

Agitó la cabeza.

—No, no, nada importante, sólo...

—Nada, carece de importancia.

Bruscamente, Xardor tecleó en el cuadro de mandos de la computadora central dándole órdenes.

La pantalla de rumbo osciló, el cuadriculado del mapa estelar se conmovió y la lucecita roja que se veía dentro del mapa estelar y que significaba la propia cosmonave «Drac-555» en ruta entre las estrellas, cambió el rumbo al tiempo que se ponían en marcha los

motores.

—¿Qué ha hecho?

—Cambiar de rumbo.

—¿Por qué?

—Quiero llevar a cabo una aproximación.

—Las órdenes son viajar directamente al planeta Tierra.

—Cuando estoy a bordo de mi cosmonave y en el espacio, no hay órdenes para mí. Hago lo que yo creo que debo hacer, para eso soy el comandante.

Helena se estiró ante lo que consideró una respuesta excesivamente dura.

—Ese cambio de rumbo nos hará perder tiempo. Además, retrasará la comunicación del cataclismo del planeta Istrion al gobierno confederal y ese mensaje debe ser urgente.

—¿Urgente? ¿Por qué?

—¿Por qué? —Helena quedó sorprendida—. Pues porque es urgente que lo conozcan, es obvio.

—Yo creo que ya no importan un puñado de horas más o menos. No hay nadie para salvar, ni siquiera cuerpos que rescatar.

Helena comprendió que las palabras de Camil Xardor estaban cargadas de verdad; sin embargo, ella había sido educada en la obediencia y en la disciplina.

Unas órdenes de la superioridad no debían desobedecerse a menos que hubiera algo importante, muy importante.

— Estará pensando que tengo poco espíritu de disciplina.

—Así es.

—Pues le diré que tengo muy poco, por ello viajo en mi propia cosmonave para no tener que estar diciendo todo el tiempo «si, señor; no. señor».

—Aunque sea una cosmonave privada, está fletada para el

transporte humano.

—Si, pero sigue siendo mi cosmonave y en ella hago lo que me parece, siempre que no perjudique a nadie. Y creo que por un pequeño rodeo que lleve a cabo no voy a perjudicar a nadie.

—Tendré que comunicarlo al pasaje.

—Hágalo; dígales que nos acercamos al planeta lstrion para verlo de cerca con nuestros propios ojos. Verá como no se molestan; hágalo, por favor.

—Naturalmente. Mi obligación es mantener informado al personal en todo momento ante cualquier hecho que les afecte y es evidente que este cambio de rumbo les afecta.

—Dígales también que en la pantalla gigante que hay en la sala de convivencia les pasaré imágenes del planeta Istrion.

Helena se marchó y Camil Xardor volvió la cabeza para verla cómo se alejaba. Helena poseía un cuerpo muy bello y esbelto. Parecía delgada y, sin embargo, no se le notaba ningún hueso a flor de piel.

Curvas bien formadas, carnes prietas sin grasas. Mirarla era como invocar al deseo. Viajar a solas por el espacio sideral con Helena debía resultar algo fantástico, la unión no se podría evitar.

Sin embargo, viajaban con doscientos pasajeros distribuidos a dos por camarote; camarotes muy sencillos, con lo mínimo indispensable, y una gran sala de convivencia, comedores y un pequeño gimnasio al que acudían por turnos, debido a la limitación de espacio.

Opal había dejado en marcha los contactos automáticos y se acercó a Camil Xardor.

—Tienes dudas, ¿verdad?

—¿Dudas? —preguntó, mirándole a los ojos.

—Si, dudas. ¿Crees que esa destrucción puede haber sido provocada?

Xardor tardó en responder.

—Es una posibilidad —dijo al fin.

—Y acogiéndonos a esa hipotética posibilidad, yo preguntaría: ¿destruido por quién?

—Es muy difícil saberlo, existen otras civilizaciones desconocidas en la galaxia y algunas de ellas con un grado de evolución tecnológica semejante a la nuestra o superior incluso.

—¿Un ataque provinente de una civilización desconocida?

—Quién sabe. Bueno, después de todo quizá sea imaginar demasiado.

Entre el pasaje se acogió favorablemente la variación del rumbo, pese a lo que Helena esperaba.

Todos deseaban ver de cerca el planeta Istrion. Después de todo, serían los primeros en verlo y podrían contarlo al regreso. La destrucción del planeta Istrion iba a significar mucho en la historia de la civilización terrícola.

Pasaron las horas, todos estaban nerviosos.

Camil Xardor conocía muy bien el rumbo a seguir por haber hecho aquella ruta en varias ocasiones: no cabía error, máxime estando ayudado por la computadora que tenia en su memoria un completísimo mapa estelar con las consiguientes variaciones por la traslación periódica y lógica de los astros, siempre en movimiento.

— Ya lo tengo —exclamó Lletsó.

—Ponlo en pantalla.

—En seguida, pero sólo veremos un punto casi invisible en el espacio. Nos hallamos aún muy lejos y la masa gris del vapor refleja poca luz de su estrella sol.

—A pesar de todo, ponlo en pantalla y da la máxima potencia a las cámaras de telescopía exterior.

—En seguida.

La pantalla principal se iluminó y aparecieron muchas estrellas.

—Centra sólo el planeta Istrion.

—Si.

Fueron medio borrándose las estrellas y centrándose el planeta Istrion al que apenas veían.

—Dentro de dos horas lo tendrá en pantalla diez veces superior.

—¿Qué piensas encontrar en el planeta Istrion? —preguntó Lletsó.

—No lo sé, no lo sé, voy al azar. Quizá encuentre algo, quizá no, no sé ni lo que busco, es una intuición.

Miró hacia la pantalla. El planeta, gris oscuro en gran parte e iluminado en la cara donde recibía la luz de su estrella sol, se estaba haciendo más grande y visible.

—Cualquier cosa anormal que observéis no dudéis en comunicármelo de inmediato.

Cuando Helena, muy estirada, volvió a la sala de mando y control, preguntó por el comandante.

—¿Dónde está?

—Durmiendo —respondió Opal.

—¿Durmiendo? —repitió, sorprendida.

—Sí, quiere estar bien descansado cuando lleguemos junto al planeta Istrion.

CAPÍTULO IV

Camil Xardor, después de desentumecerse y darse un duchazo de hidromicroondas, llegó a la sala de control donde le aguardaban sus compañeros y Helena, más un par de representantes del grupo de pasajeros comisionados por estos mismos mediante votación.

—Faltan cinco minutos para entrar en órbita a la distancia que pediste, Xardor —le dijo Lletsó.

—Bien, mil kilómetros a partir de la atmósfera de vapor de agua recalentado será suficiente. ¿Algo notable?

—Hemos detectado objetos metálicos y electrónicos moviéndose dentro de la atmósfera de vapor recalentado.

—Deben ser los satélites artificiales automáticos atrapados dentro de esa atmósfera de vapor recalentado, ya que nadie ha cambiado su órbita. Seguirán ahí por muchos siglos hasta que el vapor se licué por frialdad y vuelva a caer sobre la superficie del planeta.

—Salvo estos objetos detectados y en movimiento, no hay nada más —le dijo Lletsó—. Sin embargo, creo que el rozamiento contra el vapor recalentado terminara por destruirlos más pronto de lo que imaginamos.

—Sí, yo también creo eso.

—¿Qué va a hacer ahora, comandante Zardor? —preguntó Helena.
—¡Lletsó!

—¿Sí?

—¿Qué capacidad de resistencia al rozamiento crees que tiene la lanzadera que llevamos a bordo?

—Suficiente para descender verticalmente en una atmósfera densa.

—¿Crees que resistirá el rozamiento contra una capa de vapor recalentado de varios cientos de kilómetros de espesor?

—No, eso no lo resistiría.

—¿Por qué?

—Excesivo rozamiento y además la temperatura exterior es muy elevada. Se desintegraría antes de llegar a la superficie del planeta Istrion, sería una locura intentarlo.

—¿Y si la aproximación se hace muy oblicua con respecto al suelo del planeta?

—Suavizaría el rozamiento, máxime si se conseguía disminuir la velocidad. De todos modos, apostaría por la desintegración de la lanzadera.

—¿Cuánto apuestas?

—¿Lo dices en serio, Xardor?

—Sí. ¿cuánto apuestas?

—No sé; diez galisoles.

—Es muy poco.

—Cien. De todos modos, me parece una apuesta absurda.

—Pues que no te lo parezca, yo voy a intentar la aproximación.

Todos miraron a Camil Xardor, incrédulos, y Helena más que nadie se apresuró a protestar.

—Le han dicho que se va a desintegrar. ¿Es que no le importa morir?

—Claro que me importa, pero si hago una apuesta es porque creo tener posibilidades de ganar.

—Eso es absurdo. Pone su vida en peligro, y si muere y la lanzadera se desintegra, arriesga su cometido de transportar al personal de regreso al planeta Tierra; es más, de comunicar la trágica noticia de la destrucción del planeta Istrion con la total desaparición de nuestras colonias.

Lletsó y Opal prefirieron no decir nada, estaban seguros de que Camil Xardor no era un suicida.

—Quiero tomar grabación en video del planeta.

—No hay luz bajo esa capa espesísima de vapor recalentado — advirtió Helena.

—Con infrarrojos y rayos X tomaré varias grabaciones al mismo tiempo; de esta forma se podrá estudiar mucho mejor todo lo ocurrido y cómo ha quedado el planeta.

—Es una locura —insistió Helena—. Comunique lo sucedido al gobierno confederal y ellos se encargarán de enviar una misión científica para estudiar el planeta, aunque me temo que poco hay ya que estudiar.

—El gobierno puede mandar luego a quien quiera, esto lo hago yo por mi cuenta y riesgo.

—Exponiendo al pasaje que se le ha confiado como comandante propietario que es de esta cosmonave —le puntualizó la muchacha.

—Creo que si añadiésemos un suplemento de refrigeración interior lo podrías conseguir —le dijo Lletsó.

—Pues adelante, añade ese suplemento de refrigeración, pero queda anulada la apuesta.

—¿Por qué?

—Sería jugar con ventaja, puesto que tú mismo vas a trabajar para que resista.

—De acuerdo, será como tú dices. Si se desintegrara la lanzadera contigo dentro, alguien podría pensar que no hice el trabajo bien por ganar la apuesta.

—¿Por cien galisoles? Sí que me valorarían bajo.

—Alguien debería acompañarte —le dijo Opal.

—Sí, sería bueno.

—¿Puedo ir contigo?

—No; tú y Lletsó debéis seguir en la cosmonave por si me ocurre algo. Seríais los encargados de proseguir ¡ viaje hacia el planeta Tierra. Quizá podría acompañarme usted —le dijo a Helena, encarándose con ella.

—¿Yo? —abrió mucho los ojos, con expresión incrédula.

—¿No es usted la jefe de relaciones públicas?

—Sí.

—Pues, ¿quién mejor para explicar lo que pueda ver al otro lado de esa espesísima capa de vapor recalentado?

—¿Es que no quiere suicidarse solo?

—Siempre es más agradable morir en compañía. Bueno, si no se atreve no se lo puedo reprochar, se lo propondré a alguien del pasaje. Es para que otros ojos sirvan de testigo, además de los míos.

—El pasaje no puede desembarcar hasta que llegue al planeta Tierra, ésas son las órdenes que he recibido.

—Trata a sus pupilos como si fueran bebés. Después de todo, ellos ya han concluido su misión y ahora están de regreso.

—Su tiempo de licencia no cuenta hasta el desembarco.

—Bueno, ya veremos si son capaces de desobedecer a la dictadora.

—No soy ninguna dictadora, cumplo con mi deber y voy a demostrarle que no tengo miedo a morir.

—¿Cómo?

—Acompañándole. Si se desintegra la pequeña nave lanzadera, usted será el responsable de mi muerte y de la suya, por supuesto.

—No me preocupa mucho. Cuando haya muerto desintegrado, no tendré conciencia que pueda molestarme.

—Es usted un cínico.

—Sí, eso mismo creo yo, me alegra saber que coincidimos.

Helena tuvo que apretar los labios con firmeza para evitar que por su boca salieran las palabras que en aquellos momentos se agolparon a su garganta, palabras que el propio Camil Xardor parecía estar esperando porque al mirarla a ella, seguía sonriendo burlón.

—Cuando esté lista la lanzadera, pase nota a mi camarote —dijo Helena secamente, al tiempo que se alejaba de la sala de mandos.

CAPÍTULO V

Habían ya dado varias vueltas a la gigantesca esfera de vapor de recalentada cuando la pequeña nave lanzadera quedo introducida en el tu lanzamiento. Ya dentro de la misma, Helena se quejó.

—¿Era necesario vestirse con el traje espacial?

—Sí, nos dará una seguridad ante el posible exceso de calentamiento lanzadera. Pese a que Lletsó ha colocado un suplemento de superrefriger vamos a pasar momentos muy difíciles.

—Está bien —aceptó Helena, mirándole a través del acero-cristal que pr su rostro.

—Ya tenemos las cámaras listas, voy a comunicarme con Opal. Opal, ¿me bien?

—Sí, Xardor, te oigo.

—Deberéis seguir dando vueltas por espacio de doce horas. Si en ese tiem hemos regresado, abandonaréis la órbita y regresaréis al planeta Tierra.

—¿Sin intentar un rescate? —preguntó Opal, preocupado.

—Sin intentarlo; con que desaparezca una nave será suficiente. Doce recordadlo. Cuando nos introduzcamos en la espesa capa de vapor recaler perderemos la telecomunicación. Hay tanto vapor que para las ondas mismo qué si navegáramos por debajo del agua y la propagación es pésim

—¿Cuánto tiempo estimas que vais a estar dentro de la atmósfera de recalentado?

—De tres a seis horas, no puedo saber más, depende de los problemas con nos encontremos.

—Suerte, Xardor.

—¡Suerte de mi parte también! —gritó Lletsó.

—Gracias, amigos, la vamos a necesitar.

—Doce horas son muchas —se quejó Helena.

—Las suficientes para darnos tiempo a regresar. Con esta lanzadera llegaríamos al planeta Tierra y tampoco a la Galia-Sidero-43 para qu recogieran, de modo que o regresamos a tiempo o estaremos perdidos.

—Comprendo.

—¿No te arrepientes de haber venido?

Helena le miró. El le había apeado el usted, la trataba con mayor conf pero seguía manteniendo en su rostro una sonrisa cínica.

—Sólo vamos a estar unas pocas horas de observación. Usted quería un t imparcial y yo voy a serlo, pero eso no da pie para nada más, absoluta nada más.

—¿Qué quieres decir, Helena?

—Lo sabe perfectamente, quizá imagina otras cosas.

—¿Qué cosas puedo imaginar? —siguió preguntando burlón.

Al borde de la irritación, Helena replicó:

—Podría pensar que a solas en una cosmonave con una mujer, p permitirse ciertas libertades.

—¿Libertades? ¡Si los dos estamos metidos dentro de los trajes espa Tendría que echarle mucha imaginación al asunto... La verdad, Helena gozar en pareja no hay como estar desnudos.

—Creo —puntualizó, mascando cada una de las sílabas— que es hora de p comandante Xardor. Tenemos el verde en los controles.

—Sí, ya me he dado cuenta, pero como no nos espera nadie hasta den doce horas...

Puso la lanzadera en marcha y la compuerta se abrió. Por el tu lanzamiento saltaron al espacio mientras la cosmonave «Drac-555» pros su curso orbital.

Vieron la masa gris oscura del vapor recalentado que envolvía al pl ocultando su interior. Parecía estar al alcance de la mano.

—Cuando nos sumerjamos en la atmósfera de vapor recalentado, perderer contacto con todo el universo, seremos sólo una pequeña nave, y un hom una mujer.

—Si, y abajo está el paraíso para que lo disfrutemos.

—Y comeremos del árbol del bien y del mal. Retozaremos como animalito humanidad que nos suceda, que se fastidie ganándose el pan con el sudor frente.

—Cínico.

—Voy a tener que cambiarme el nombre.

—¿Por qué disfruta siendo como es?

—No disfruto siendo como soy. disfruto haciendo rabiar un poco. ¿Es que has dado cuenta? —Volvió a reírse—. Y ahora, atenta, que vamos a jugar ser o no ser. Es el momento justo para tener la calavera hamletiana en la la posible muerte está a escasos segundos de nosotros.

—Le advierto que yo no deseo morir.

—Yo tampoco —dijo él—. Abajo tenemos el paraíso que nos espera.

—No es el paraíso, es el infierno.

—Más o menos, como siempre. Te prometen un paraíso y acabas vivien un infierno.

La lanzadera penetró en línea oblicua dentro de la atmósfera de recalentado.

Inmediatamente, la oscuridad se hizo en torno suyo; sin embargo, los con automáticos marcaban su posición en el espacio con respecto al planeta Is

—¿Y si encendieras la luz?

—Encenderé el monofaro con su máxima potencia, aunque no servirá de r

Efectivamente, al encender la luz ésta se esparció en derredor sin lograr traspasar aquella capa de cientos de kilómetros de espesor y que se hallaba a altas temperaturas.

Había decidido entrar con lentitud para evitar al máximo el efecto de rozamiento; no obstante, al mirar los controles, pudieron observar que los termómetros ascendían terriblemente.

Afuera, en el casco, habían llegado ya a los mil grados Celsius, y dentro de la lanzadera, pese a la superrefrigeración, habían alcanzado la temperatura de doscientos grados.

—Sí no lleváramos los trajes espaciales estaríamos cocidos —gruñó Camil Xardor.

La temperatura subía más y más, parecía que los trajes espaciales, con su refrigeración autónoma, no iban a ser suficientes para evitar la muerte por calor.

—Me asfixio —dijo Helena mientras los tubos de circulación de aire evitaban que el vapor humano enturbiara el interior del casco espacial.

Xardor se daba cuenta de que la situación se hacía cada vez más insostenible.

Hubiera bastado dar un acelerón para cruzar aquella masa oscura de vapor recalentado, pero el rozamiento aumentaría tan brutalmente que podían desintegrarse y debían evitarlo a toda costa.

—Ya estamos, Xardor.

El morro de la lanzadera se introdujo en el espacio libre que quedaba entre la superficie del planeta y la densa capa de vapor.

Había fuertes corrientes de viento saturadas de humo, pero ya no era lo mismo y los superrefrigeradores trabajaron al tope de su potencia hasta lograr rebajar la temperatura.

—Mira, es fantástico —le dijo Helena.

—Sí, mares de lava ígnea.

—Es fantástico. ¿Qué superficie crees que ocupan?

—Una parte importante de lo que antes fueran mares y océanos, pero de agua.

—Entonces, ¿el suelo que estaba sin agua no tiene lava ígnea? —En parte. Hay ríos que en vez de agua son de fuego y van a parar a los mares de lava ígnea. También veo volcanes en erupción.

—No hay nada vivo.

—Eso parece. La morfología externa, y supongo que interna del planeta Istrion. ha cambiado. Donde había mesetas hay profundos cañones, y donde había ríos hay montañas, todo es distinto.

Camil Xardor inició el avance en torno al planeta, por debajo de la densa capa de vapor recalentado, y puso en marcha las grabadoras de video.

—¿Crees que conseguiremos ver algo? Sólo se ve fuego y negrura, la luz de la estrella sol no logra traspasar la capa de vapor recalentado.

—Las grabaciones por infrarrojos y rayos X nos darán mucha luz sobre las actuales características del planeta.

Helena, tras observar durante largos minutos el deplorable panorama que les ofrecía el planeta Istrion. dijo:

—Parece un mundo infernal.

—Si; fuego, tinieblas, ausencia de agua... ¿Qué te parece si después de dar unas vueltas alrededor del planeta descendemos?

—¿Descender a esos mares de fuego? —brincó sobresaltada.

—Tengo tantos deseos de morir como tú, no te preocupes. Se trata de escoger un lugar para la toma de contacto que sea adecuado. Calcularemos la temperatura.

—La atmósfera no será respirable —advirtió ella.

Ambos se comunicaban todo el tiempo con los microemisores-receptores que llevaban incorporados en sus cascos espaciales.

—¿Qué esperas encontrar?

—No lo sé, el planeta ha cambiado mucho; sin embargo, conocía bien este planeta y puedo decir algo.

—¿El qué?

—Creo que las principales áreas mineras están intactas.

—¿Seguro?

—Eso creo y habrá que comprobarlo.

—Sin embargo, me parece haber oído que las colonias han sido destruidas.

—Así es. Los lugares de residencia han quedado arrasados, pero las

minas de extracción se hallaban a cien kilómetros como mínimo de las áreas residenciales. Bueno, todo esto ya lo analizaremos con más precisión; hay que descubrir el porqué de este fatal y gigantesco cataclismo del planeta Istrion.

—¡Xardor!

—¿Sí?

—¿Qué es lo que detecta el supra-geiger? —inquirió Helena, excitada, como ante un gran peligro que acababa de aparecérsele de pronto.

CAPÍTULO VI

—Ha debido liberarse una gran radiación.

—¿Peligrosa?

—Llevamos trajes adecuados, pero esa radiación es suficiente para no dejar ni un microbio con vida en todo el planeta, ni siquiera tienen la posibilidad de esconderse bajo las aguas oceánicas porque éstas han desaparecido, convertidas en vapor.

—¿Y refugios?

—Es posible que haya algunos, pero a pesar de todo, esos refugios pueden haber quedado obturados con los movimientos sísmicos.

Camil Xardor hizo descender la lanzadera sobre una área escogida de antemano.

Se detuvieron entre un grupo rocoso, de peñas suficientemente apartadas unas de otras para que no cayeran sobre el vehículo en caso de movimiento sísmico.

—Hemos llegado al área de la mina Gran-A —dijo Camil Xardor.

—No veo nada, todo está tan negro.

—Sí, aquí no hay fuego que nos dé un poco de luz y la densa atmósfera que nos separa de la estrella-sol impide que penetren sus rayos luminosos. Hasta que no se produzca el gran diluvio y caiga toda el agua sobre el planeta, no volverá la luz.

—¿Cuántos grados habrá en el exterior?

Camil Xardor miró el sensor termométrico exterior y dijo:

—Doscientos cuarenta y siete grados. No es una zona excesivamente cálida con respecto al resto del planeta.

—Doscientos cuarenta y siete grados son mortales de necesidad aunque sólo nos expusiéramos unos segundos.

—No será preciso exponerse, llevamos los trajes espaciales.

—¿Es que piensas salir? —preguntó Helena, sobresaltada.

—Sí. Puedes quedarte aquí dentro, ya regresaré.

—No, no me quedo sola.

—Como quieras, pero yo no te obligo a seguirme.

Xardor abrió la portezuela y provisto de una linterna, saltó al exterior. Llevaba consigo un micro-geiger.

—¿Cómo estaremos de radiación?

—Fuerte —respondió Xardor.

—Si sufrimos algún accidente con los trajes espaciales, podemos considerarnos muertos.

—Lo mismo sucedería en cualquier otro planeta hostil, muerto y sin atmósfera.

— La excesiva temperatura de éste le hace más peligroso.

—Sígueme.

—¿Y si al regreso no encontramos la nave?

—He dejado luces de señalización.

—¿Por qué no dejas el monofaro encendido? Podríamos verlo a distancia.

—No es necesario. He estado varias veces en este lugar antes de que ocurriera el gran cataclismo y no voy a perderme.

Avanzaron entre las rocas desnudas hasta perder de vista la pequeña lanzadera; ni dirigiendo los focos de las linternas hacia ella se la podía ver ya.

—¿Hacia dónde nos dirigimos ahora? —preguntó Helena.

—Hacia la boca principal de la mina Gran-A.

—¿Está lejos? —inquirió la mujer, En torno suyo todo eran tinieblas a excepción de lo que iluminaban sus linternas.

—Quieta, apaga la luz.

—¿Que pasa?

—Apaga la luz —ordenó, tajante.

Helena obedeció aunque desconcertada cuando vieron aparecer unas luces parpadeantes entre las tinieblas

—¿Qué es eso?

—Una nave —respondió Xardor, añadiendo en voz baja: —Cambia el circuito de telecomunicación a láser automático.

—¿Por qué?

—Para que no nos capten.

—¿Temes algo?

—Si.

La mujer movió un resorte adosado al casco y, automáticamente, la antena del casco espacial se hizo más alta.

—¿Quienes serán?

—No lo sé, pero estoy seguro de que han salido de la mina.

La nave se alejó sin elevarse demasiado del suelo con escasa velocidad.

Despedía luces en torno suyo, semejaba de tipo oval y se desplazaba lentamente, produciendo un fuerte silbido.

—¿Y qué hacemos?

—Vamos a seguir adelante.

—¿Hasta la mina?

—Sí.

—¿Y si hay más?

—No creo que sea lo más oportuno saludarles sin preguntar antes, quiero decir que debemos espiarles para saber quiénes son.

—No tienes armas.

—Es cierto, no esperaba ser atacado.

—¿No sería mejor que regresáramos arriba y comunicáramos lo que hemos visto aquí?

—¿Qué vamos a decir, que hemos visto una nave entre las tinieblas? Podrían decirnos que ha sido una alucinación. Vamos.

Helena se dio cuenta de que no haría cambiar a Camil Xardor. El estaba decidido a llegar hasta la mina y hacia ella fueron caminando.

Los trajes de supervivencia espacial contrarrestaban la elevada temperatura en que se hallaban inmersos: sin embargo, notaban el calor.

—Despacio, hemos llegado a la puerta de la mina.

—Tengo mucho calor —se quejó Helena—. Por lo menos hay treinta grados dentro del traje.

—Te servirá de sauna.

—Muy gracioso.

—No es que te haga falta, porque estás muy bien.

—No me agrada pasar tanto calor.

—A mi tampoco. Ahora, entraremos en la mina. Dentro, quizás haga menos calor.

—A lo peor hace más —se lamentó ella.

—Hay que tener cuidado con las linternas; en esta oscuridad, una luz se ve a mucha distancia.

—Si no tengo luz, puedo tropezar y si se rompe el traje puedo darme por muerta.

—No temas, no vas a quedar cocida como una gamba al vapor.

—Especialmente si me quitan la cáscara —bromeó Helena.

—Avanzaremos enfocando la luz al suelo, de esta forma no se verá

a distancia, aunque no creo que haya nadie vigilando.

—Pero, ¿quiénes crees que son?

—Lo ignoro.

De pronto, tropezaron con unas grandes compuertas. Xardor pasó sus manos enguantadas por ellas y opinó:

—Parecen metálicas. Posiblemente, al otro lado estén revestidas de materia antitérmica.

—¿Estas compuertas estaban antes?

—Que yo recuerde, no.

—¿Quieres decir que las han colocado después del cataclismo?

—Eso me temo.

—Si, estas compuertas parecen invulnerables: sin embargo, deben haber otras más pequeñas.

—¿Crees que las encontraremos? —preguntó Helena, entre dubitativa y nerviosa.

Camil Xardor encendió su linterna a la máxima potencia e iluminó la gran compuerta que impedía la entrada a la mina de donde se había extraído gran parte del mineral núcleo energético reimgton.

—Allí, en ese rincón junto a la pared, hay una fisura, puede ser una compuerta.

Fueron hasta ella y, efectivamente, era una pequeña compuerta, pero estaba igualmente cerrada.

—No se puede pasar.

—La tendrán herméticamente cerrada desde el interior y se comprende si han conseguido refrigerar la mina.

—¿Serán supervivientes del cataclismo que esperan ser salvados?

—No lo creo —opinó Xardor—. Tienen una nave, la hemos visto, aunque quizás con ella no puedan cruzar la capa de vapor recalentado.

—No la hemos podido ver bien, pero me parece que es una cosmonave. De todos modos, es una posibilidad a tener en cuenta. Si pudiéramos pasar al otro lado de la compuerta y ver lo que hay...

—Si lo hacemos abiertamente, nos exponemos a encontrar seres desconocidos que al verse descubiertos nos ataquen.

Camil Xardor tenía en cuenta la opinión de Helena pero se negaba a marchar de allí sin saber que se ocultaba tras la compuerta.

Buscó un cierre en la pequeña puerta, algún resorte, y al fin palpando la pared rocosa, halló un botón que no dudó en hundir. Fue entonces cuando la pequeña compuerta se hundió.

—Adentro, rápido.

Helena no pudo quedarse atrás. Xardor la había cogido de la mano, obligándola a pasar al otro lado de la gran pared. Al cruzarla, se dieron cuenta del enorme grosor de la misma.

—Como si la compuerta tuviera un tiempo de apertura limitado y controlado, automáticamente volvió a cerrarse.

—¿Y ahora qué?

Ya no estaban en un mundo de tinieblas. Allí había varios puntos de luz y se vieron en una especie de gigantesco hangar donde reposaban cuatro naves semejantes a las que vieron salir. Y al otro lado de las naves, una compuerta como la que habían logrado cruzar.

—¿Qué es eso, Xardor?

—Ya lo ves, un depósito de naves. Aquí la temperatura está más baja y la radiación es mínima.

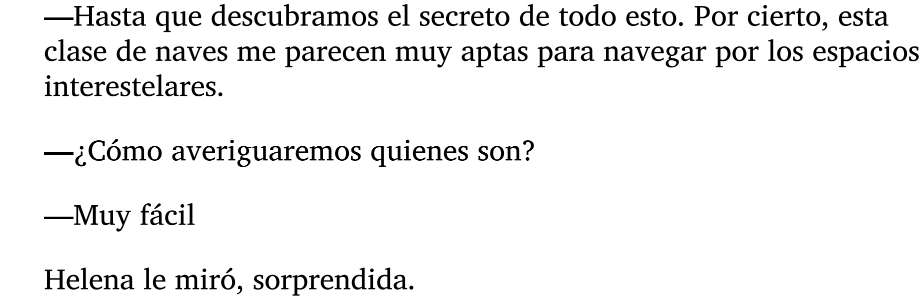
—¿Y al otro lado de la segunda compuerta?

—Puede que la temperatura sea aún más normal. Esté hangar puede servir como colchón aislante.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Seguir adelante.

—¿Hasta dónde?


—Hasta que descubramos el secreto de todo esto. Por cierto, esta clase de naves me parecen muy aptas para navegar por los espacios interestelares.

—¿Cómo averiguaremos quienes son?

—Muy fácil

Helena le miró, sorprendida.

—¿Cómo?

—Entrando en una de las cosmonaves, así veremos lo que hay dentro.

—¿No será peligroso?

—Ya estamos inmersos en el peligro. Si nos descubren, lo vamos a pasar mal y como tú has dicho antes no llevamos armas para defendernos.

La mujer, muy preocupada, siguió a Camil Xardor.

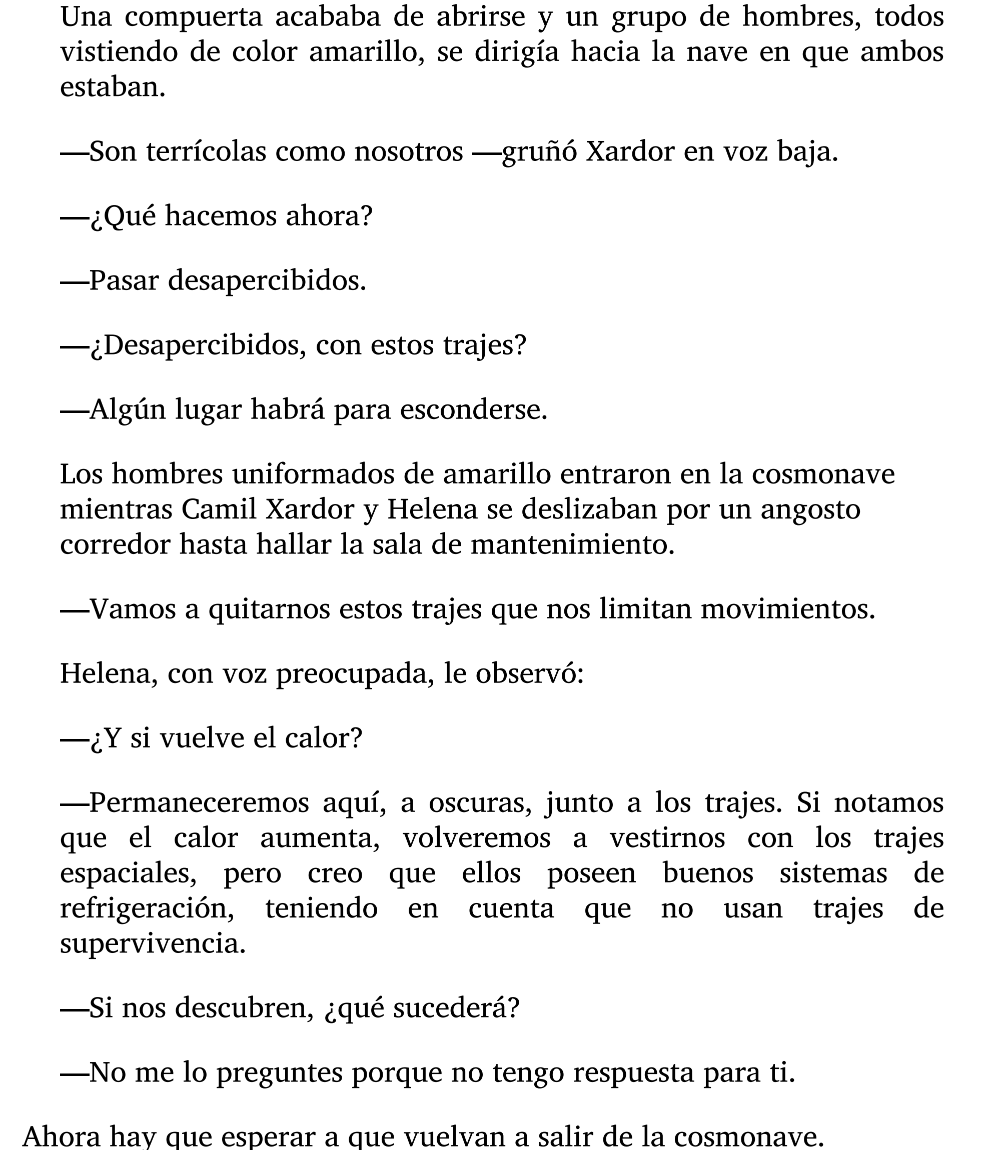
Por la rampa de acceso, éste subió a una de las cosmonaves y ambos desaparecieron en su interior como si acabaran de introducirse en una gigantesca y letífera boca de lobo.

CAPÍTULO VII

—Xardor, Xardor…

—¿Qué pasa?

—Viene gente… —musitó Helena, excitada.



Una compuerta acababa de abrirse y un grupo de hombres, todos vistiendo de color amarillo, se dirigía hacia la nave en que ambos estaban.

—Son terrícolas como nosotros —gruñó Xardor en voz baja.

—¿Qué hacemos ahora?

—Pasar desapercibidos.

—¿Desapercibidos, con estos trajes?

—Algún lugar habrá para esconderse.

Los hombres uniformados de amarillo entraron en la cosmonave mientras Camil Xardor y Helena se deslizaban por un angosto corredor hasta hallar la sala de mantenimiento.

—Vamos a quitarnos estos trajes que nos limitan movimientos.

Helena, con voz preocupada, le observó:

—¿Y si vuelve el calor?

—Permaneceremos aquí, a oscuras, junto a los trajes. Si notamos que el calor aumenta, volveremos a vestirnos con los trajes espaciales, pero creo que ellos poseen buenos sistemas de refrigeración, teniendo en cuenta que no usan trajes de supervivencia.

—Si nos descubren, ¿qué sucederá?

—No me lo preguntes porque no tengo respuesta para ti.

Ahora hay que esperar a que vuelvan a salir de la cosmonave.

—¿Y después?

—Saldremos nosotros.

—¿Qué haremos?

—Entrar en la mina.

—Me temo que no podremos. Xardor, esto empieza a moverse…

Efectivamente, la cosmonave comenzó a tener vibraciones y movimientos muy leves pero perceptibles desde su interior.

—Sí, parece que vamos a viajar.

—Estamos perdidos…

—No temas, todavía no estamos perdidos del todo. Viajaremos en la cosmonave y de este modo veremos adonde nos llevan.

—Y luego, ¿cómo regresaremos?

—Me haces unas preguntas demasiado difíciles. Helena; ya te he dicho que en este momento no tengo respuestas para ellas.

—Es que si pasan las doce horas de plazo, la «Drac-555» que está en orbita se alejará hacia el planeta Tierra, abandonándonos aquí para siempre.

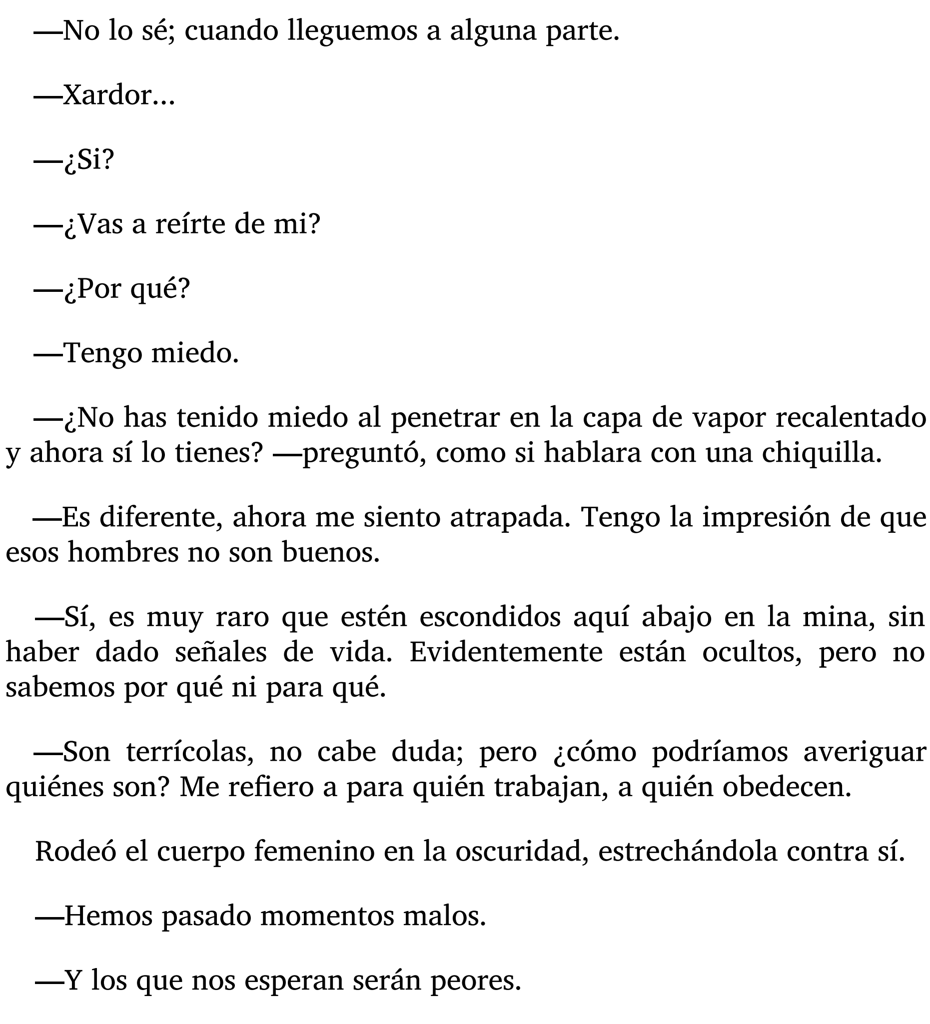
—No lo pongas todo tan negro, alguna forma habrá de que nos rescaten.

La cosmonave emitía un silbido constante y se desplazó hacia la gran puerta que daba al exterior; ni Xardor ni Helena podían ver nada. El lugar donde permanecían ocultos no tenía ventana alguna, sólo herramientas y piezas de repuesto para colocar sobre la marcha si se producía alguna avería, mientras el grupo de hombres vestidos de amarillo ocupaban sus puestos de tripulantes dentro de la cosmonave que ahora abandona la gran mina.

—No nos rescatará nadie y cuando estos hombres vestidos de amarillo nos descubran, nos matarán.

—¿Por qué crees que han de matarnos? —preguntó Xardor, hablando siempre en cuchicheo para no ser descubiertos—. Encontraremos el medio de escapar.

—¿Cuándo?



—No lo sé; cuando lleguemos a alguna parte.

—Xardor…

—¿Si?

—¿Vas a reírte de mi?

—¿Por qué?

—Tengo miedo.

—¿No has tenido miedo al penetrar en la capa de vapor recalentado y ahora sí lo tienes? —preguntó, como si hablara con una chiquilla.

—Es diferente, ahora me siento atrapada. Tengo la impresión de que esos hombres no son buenos.

—Sí, es muy raro que estén escondidos aquí abajo en la mina, sin haber dado señales de vida. Evidentemente están ocultos, pero no sabemos por qué ni para qué.

—Son terrícolas, no cabe duda; pero ¿cómo podríamos averiguar quiénes son? Me refiero a para quién trabajan, a quién obedecen.

Rodeó el cuerpo femenino en la oscuridad, estrechándola contra sí.

—Hemos pasado momentos malos.

—Y los que nos esperan serán peores.

—Puede ser. Estamos metidos ya en problemas y no podemos escapar de ellos. Tenía la intuición de que aquí había algo más que oscuro y así es. Ahora hemos de seguir adelante y denunciarlo luego al gobierno de la Confederación Terrícola.

—Si es que nos dejan vivos.

Con la mano izquierda, Camil Xardor tanteó el aire hasta encontrar el rostro femenino. Lo sujetó con suavidad y ella se encontró los labios de él, que la sorprendieron y la besaron en la boca.

—Xardor, ¿qué pretendes?

—¿Tú qué crees?

—¿Burlarte de mí?

—No. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Haces lo que quieres, todo te parece un juego y sin embargo, estamos pasando mucho peligro.

—Sí, mucho peligro, pero dentro de un rato saldremos de aquí y espiaremos a los tripulantes. La cosmonave se mueve y parece que hemos abandonado la mina. ya veremos adonde vamos. Mientras podemos gozar un poco.

—¿Cómo tienes humor para decir eso?

—Lo digo porque creo que podemos hacerlo. Si morimos sin amarnos, nos enfrentaremos a la muerte como extraños. ¿Crees que merece la pena?

—Pero ¿y el amor?

—El amor va unido al deseo.

—Es que yo, yo no te amo, Xardor.

—Veremos que dices dentro de un rato… —Y la acarició con mucha delicadeza.

—Te dije que eras un cínico —balbuceó trémula.

—¿Y sigues creyéndolo?

—Sí.

—Dentro de cinco minutos, de diez, de treinta, podemos estar muertos. No pretendo asustarte, pero la situación es ésta.

—Tú eres el responsable de que estemos aquí.

—Es cierto: si morimos, yo seré el culpable de tu muerte, lo malo es que yo estaré muerto, no podré arrepentirme.

—Eso ya me lo dijiste.

—¿Por qué no dejas a un lado tu resistencia?, ¿por qué no gozamos un poco en estos momentos de espera que tenemos?

—¿Siempre buscas ocasiones como ésta para aprovecharte de las mujeres que están a tu lado?

—Normalmente no es necesario, pero tú eres un caso difícil.

—Me gustaría arañarte la cara.

—Cuidado, que a oscuras puedes arañarme un ojo.

La volvió a besar y notó que los dientes femeninos trataban de morderle los labios. Xardor fue moviéndose, de modo que evitaba que ella se saliera con la suya.

Helena sintió que su miedo se desvanecía, como disolviéndose en un banco de niebla que quería traspasar, un banco de niebla que al otro lado le prometía un sol espléndido, una luz cegadora que la obligó a cerrar los ojos.

Oyó el ruido de sus bocas besándose, notó las manos del hombre acariciando su cuerpo y ya no tuvo fuerzas para protestar.

El no necesitó pedirle que se relajara, su cuerpo se distendió y suspiró fuertemente.

El mundo le pareció grande y pequeño a la vez, aunque era muy difícil precisar en aquellos momentos qué era el mundo.

Se olvidó de dónde estaba, de la oscuridad que les envolvía en la estancia de mantenimiento, llena de herramientas y piezas de repuesto para la cosmonave. Olvidó que se desplazaban hacia un lugar desconocido, hacia la muerte quizás. Todo había perdido ya importancia entre los brazos de Camil Xardor. Volaba, si. volaba física y espiritualmente y ya no sabia si era la cosmonave que vibraba furiosamente o eran ellos dos. íntimamente unidos.

CAPITULO VIII

El planetoide Absalon había sido descubierto y ocupado por Rudolph Kramer, un hombre muy poderoso que se había enriquecido construyendo cosmonaves para aventureros, cosmonaves que, según todos, dejaban mucho que desear, pues no eran pocas las que habían desaparecido sin dejar rastro en el espacio sideral.

Rudolph Kramer, pese a sus arcas repletas de galisoles, metales preciosos y gemas de gran valor, no se consideraba satisfecho. Por ello, al descubrir el planetoide bautizado por Absalon, se había dado prisa en ocuparlo y construir en el subsuelo su palacio y una pequeña metrópoli para quienes trabajaban para él.

Rudolph Kramer poseía en su planetoide una flota de cosmonaves y un buen número de hombres y mujeres a su servicio, pero todo ello le había costado tan caro que sus arcas se habían vaciado, aunque conservaba en el planeta Tierra, en Marte y en Venus, sus factorías de construcción de cosmonaves y otros vehículos que seguían vendiéndose bajo la firma Kramer.

Mas aquel dinero no parecía suficiente para cubrir los grandes gastos de mantenimiento que tenia una colonia privada en un planetoide. Agua, aire artificial, alimentación, todo resultaba muy caro transportarlo hasta el planetoide Absalon.

Rudolph Kramer había creado su mundo artificial en aquel astro en apariencia errante, pero controlado por unos motores adecuadamente colocados en los cráteres del planetoide que le permitían variar de rumbo a voluntad.

Exteriormente. aquel planetoide era hermoso, especialmente cuando se aproximaban a una estrella porque entonces recibía las radiaciones fotónicas. y las montañas de cristal de cuarzo puro que poseía el pequeño astro reverberaban la luz como si el propio planetoide fuera un enorme brillante viajando por el espacio.

Rudolph Kramer, como todos los ambiciosos que se desquiciaban en busca de poderes superiores a su capacidad, era muy estrafalario vistiendo.

Utilizaba largas capas como si tratara de convertirse en un emperador legendario, y cubría su cabeza con un casco muy ajustado a su cráneo que le protegía de posibles golpes y disparos láser, pues aquel casco, por su parte exterior, se hallaba recubierto de brillantitos

rosados procedentes de Io, la luna de Júpiter.

Germánico, el brazo derecho de Rudolph Kramer. no era menos ambicioso que el hombre al cual servia. Carecía de su poder y de su fortuna, pero poseía astucia, inteligencia natural y una gran preparación en la milicia que había abandonado con el grado de mayor. Se decía de él que era despiadado como una roca. Aquel hombre alto, delgado, de cabellos rubios e hirsutos cortados al cepillo, mirada fría e implacable, no parecía tener sentimientos.

—Gessami, ¿cómo está tu padre?

—Creo que esta mañana tiene jaqueca —respondió la bella Gessami, hija de Rudolph Kramer y única heredera de aquel pequeño imperio que su padre estaba empeñado en engrandecer al precio que fuera.

La joven era consciente de su poder. Sabia que a la muerte de su padre ella lo heredaría todo, absolutamente todo; unas productivas factorías de construcción de cosmonaves y otros vehículos y, lo que era más importante, aquel pequeño planetoide convertido en un miniimperio.

En alguna ocasión, riendo con su padre, habían hablado de proclamarse emperadores del planetoide Absalon. Entonces, a la muerte de su padre, ella seria la emperatriz absoluta del planetoide y acostumbrada como estaba a satisfacer toda clase de caprichos, por costosos que éstos fueran, era despiadada en el mando, Por si fuera poco, Gessami era muy hermosa, de largos cabellos rubios con ligeros tonos rojizos y pupilas rutilantes.

—Gessami...

Germánico extendió sus manos hacia ella, cogiéndoselas. Gessami las retiró, altiva y orgullosa. como marcándole distancias. Era el hombre de confianza de su padre, pero también un empleado.

—No te pongas tonto, Germánico.

—Gessami, tu padre tiene ya muchos años.

—Sí, muchos —admitió ella.

—¿Cuántos tenia cuando tú naciste, ochenta?

—No te importa. Germánico.

—La ciencia ayuda a tu padre a sobrevivir, pero el tiempo avanza inexorable y un día no muy lejano deberá ser introducido en la cámara de supervivencia porque no podrá respirar, porque su corazón se negará a latir.

—No hay que pensar en ello —dijo siempre altiva, dándole la espalda y alejándose hacia una de las ventanas de grueso cristal irrompible a través de la cual se podía ver el exterior, parte de la superficie del planetoide Absalon y el cielo repleto de estrellas.

—Cuando su cuerpo no pueda seguir adelante, tú serás la dueña de todo.

—Y tú quieres compartir esas riquezas, ¿verdad?

El se le acercó por la espalda, sin osar tocarla en aquellos momentos por miedo a irritarla. Conocía su carácter caprichoso y despótico.

—Contigo; no creas, estas riquezas, este pequeño imperio que ha levantado tu padre en el planetoide Absalon, corre el riesgo de venirse abajo.

—No, con el nuevo plan que ha entrado en marcha.

—Está en marcha, tú lo has dicho, pero todavía no ha dado los resultados que esperamos.

—Los dará y seremos los más ricos de la galaxia.

—Si. pero vas a necesitar a alguien que lleve el control de cosmonaves de transporte, de venta y negociación con el gobierno confederal y no será tarea fácil. Las negociaciones de venta serán duras, podemos ser amenazados con una invasión de la milicia cosmonáutica confederal y si llegáramos a ese punto, estaríamos perdidos.

—Mi padre ha previsto la autodestrucción del planetoide si llegara ese momento.

—Sí, pero habría que preparar la fuga. Gessami. tú y yo podemos unirnos para ser grandes, y tendríamos hijos que serian los herederos del imperio Kramer.

—No te precipites, Germánico. No tengo ningún interés en casarme, no quiero que nadie intente dominarme.

—Nadie te va a dominar, tú serás la emperatriz.

—Y tú el emperador que todo lo manejaría.

—Yo manejaré todo lo que no sea grato para ti y cuando el poder esté bien sujeto, invitaremos a las más importantes familias de la Confederación Terrícola y de las colonias de Marte, Venus. Io, Europa. Plutón y otros lugares de la galaxia para que acudan aquí como invitados y participen de las grandes fiestas que tú darás.

—¿En honor de quién? —preguntó ella, como dejándose arrastrar por aquellas palabras que pronosticaban un futuro esplendoroso.

—En honor de tu hijo heredero, por ejemplo.

—¿Grandes fiestas, dices?

—Sí, ahora tienes un palacio en el subsuelo del planetoide pero estás sola. Llevas valiosísimas joyas sobre tu cuerpo, vestidos deslumbrantes, pero ¿a quién puedes deslumbrar con tanta belleza? ¿De qué sirve una flor hermosísima que se va a marchitar a orillas de un río sin que nadie la admire?

—Tienes razón en eso. Germánico, pero hablas ya como si mi padre estuviera muerto.

—No está muerto, pero está muy viejo. Después de todo, el plan que estamos llevando a cabo es idea mía.

—¿Si? ¿Y si sale mal, qué ocurrirá?

—No saldrá mal. La primera parte está perfectamente llevada a cabo.

—Mi padre está nervioso.

—Es lógico, es un plan de mucha envergadura, muy arriesgado.

—Y muy despiadado también.

—¿Acaso tú, Gessami, conoces la piedad?

—El águila no ha de conocer la piedad respecto a las victimas que mata y devora; tampoco tiene por qué sentir remordimientos de engordar con la sangre y la muerte de sus presas.

—Es una buena frase, para los poderosos financieros e industriales

que engordan sus arcas. No tienen por qué sentir piedad de sus víctimas ni remordimientos por los medios utilizados, son las águilas y los demás, las presas.

—¿Qué estáis hablando? —inquirió la voz bronca de Rudolph Kramer.

Acababa de irrumpir en la gran sala con su elevada estatura, sacudiendo la larga capa rojo oscuro que pendía de sus hombros.

Rudolph Kramer había sido un hombre gordo, con más de ciento cincuenta kilos de peso, pero por problemas de salud, sus médicos le habían obligado a adelgazar. Ya no tenía grasas superfluas pero caminaba bamboleándose como si las tuviera, se había acostumbrado a andar de esa forma a lo largo de toda su vida.

Germánico le miró y con la sangre fría que le caracterizaba respondió:

—Estaba informando a Gessami de que las cosmonaves que salieron del planeta Istrion están a punto de arribar.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no me lo has notificado a mi inmediatamente?

Gessami miró a Germánico como estableciendo una complicidad con él. Esbozando una tenue sonrisa, salió en su defensa.

—Es que le he dicho que tenías jaqueca, que no te

molestara.

—La jaqueca ya se me ha pasado con el casco relajante.

—Bueno, padre, pues ahora ya conoces la noticia. —Y le besó en ambas mejillas.

Aquellas respuestas parecieron bien a Germánico; indicaban que gozaba de la protección de Gessami. lo que podía ser el principio y no había que precipitarse.

—¿Para cuándo está prevista la arribada? —preguntó Rudolph Kramer.

Germánico miró su reloj:

—Dentro de doce minutos —dijo.

—Hum, es pronto. ¿Está todo previsto para la recepción?

—Sí, el hangar está listo.

—¿Control de radiación?

—También.

—Magnífico, magnifico. ¿Ha habido algún problema al abandonar el planeta Istrion?

—Un recalentamiento de las cosmonaves, como estaba previsto.

—Si están llegando es que han podido superarlo.

—Así es, Kramer, lo han podido superar porque en cada cosmonave, para los puntos críticos, funcionan cuatro superrefrigeradores.

—Si, si, ya sé que estaba previsto.

—Nuestras cosmonaves tenían que superar las adversas circunstancias del planeta Istrion.

—Sólo falta que me digas que por eso fueron diseñadas por ti. Germánico.

—¿Y acaso no es cierto?

—Sí, sí, eres un buen ingeniero cosmonáutico, pero si llegan a fallar...

—Germánico no falla nunca. —Miró a Gessami y ésta comprendió que en aquella mirada iba implícita una promesa.

Sin embargo, la joven estimaba que. en cuanto a poder, estaba muy por encima de Germánico y que debía dominarle y no dejarse gobernar por él.

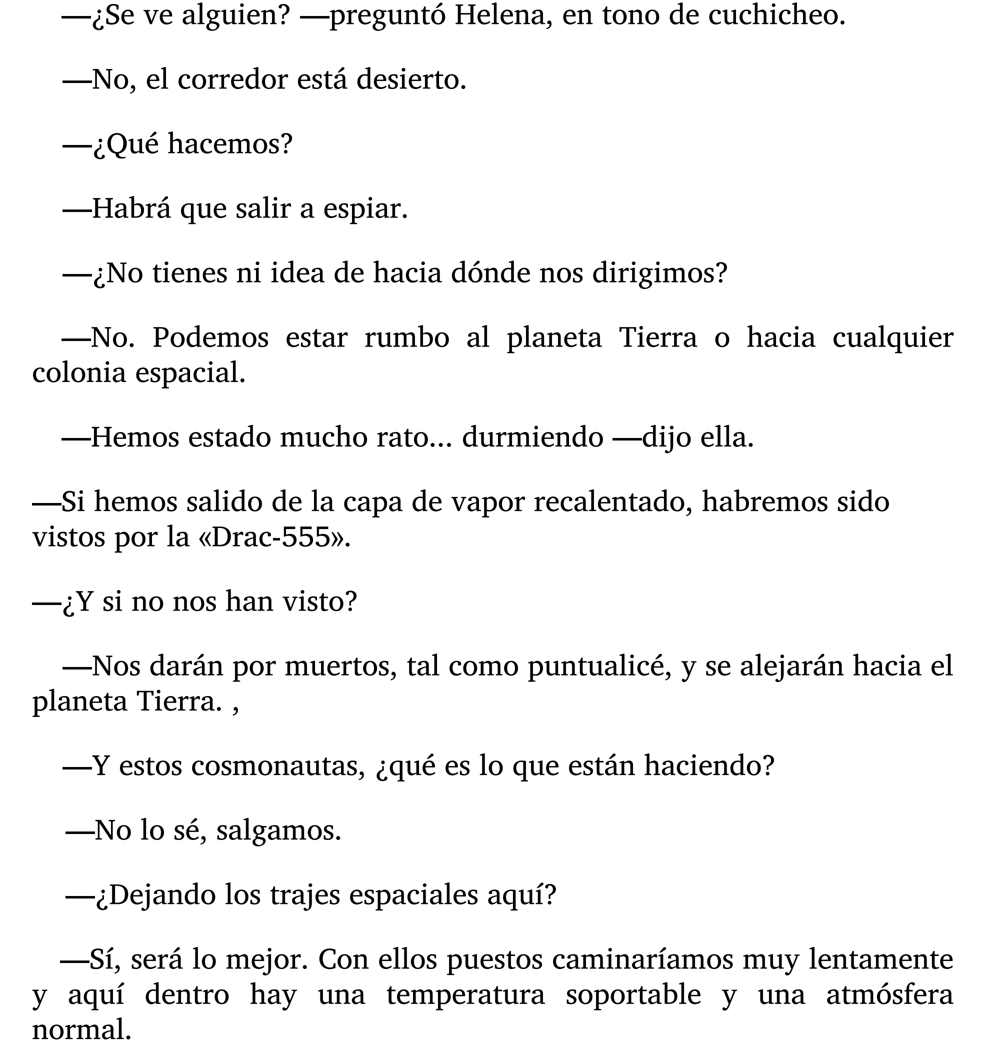
—Vamos, Germénico, quiero estar presente en la arribada de esas magníficas cosmonaves diseñadas por ti, pero pagadas por mí y construidas en secreto dentro de mis factorías.

—Tus deseos son órdenes, Kramer. Subamos al observatorio, desde allí las veremos llegar. Luego, por la pantalla, podremos seguir al resto y los cosmonautas que lleguen podrán verte en la pantalla gigante cuando te dirijas a ellos.

—Me gusta, Germánico, me gusta —dijo satisfecho, pasándole una mano por encima del hombro—. Eres un tipo que sabe hacer bien las cosas y tengo grandes planes para ti. Estoy levantando un gran imperio y todo hay que decirlo, gracias a unas estupendas ideas tuyas, pero que no se habrían podido materializar sin mis factorías, sin mi dinero, sin mi planetoide. Tienes buenas ideas, lo repito, buenas ideas. Vamos.

Germánico volvió su rostro hacia Gessami, las palabras del viejo apoyaban sus deseos. Sin embargo, la joven se mostró fría, distante, y él, sin dejar de sonreír, se dijo que ya encontraría la forma de doblegarla, de someterla. Ella era el puente de acceso a la consecución de sus grandes ambiciones.

CAPÍTULO IX



—¿Se ve alguien? —preguntó Helena, en tono de cuchicheo.

—No, el corredor está desierto.

—¿Qué hacemos?

—Habrá que salir a espiar.

—¿No tienes ni idea de hacia dónde nos dirigimos?

—No. Podemos estar rumbo al planeta Tierra o hacia cualquier colonia espacial.

—Hemos estado mucho rato... durmiendo —dijo ella.

—Si hemos salido de la capa de vapor recalentado, habremos sido vistos por la «Drac-555».

—¿Y si no nos han visto?

—Nos darán por muertos, tal como puntualicé, y se alejarán hacia el planeta Tierra. ,

—Y estos cosmonautas, ¿qué es lo que están haciendo?

—No lo sé, salgamos.

—¿Dejando los trajes espaciales aquí?

—Sí, será lo mejor. Con ellos puestos caminaríamos muy lentamente y aquí dentro hay una temperatura soportable y una atmósfera normal.

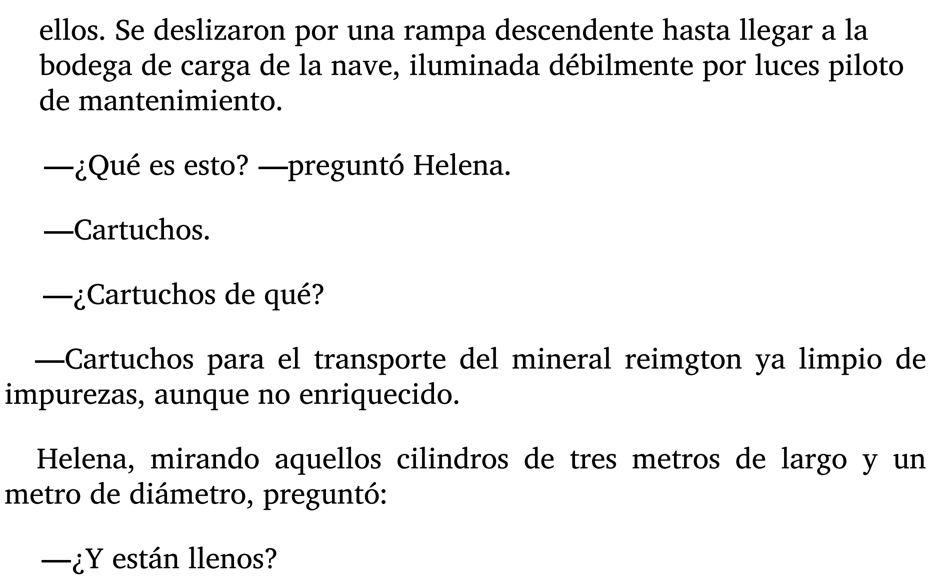
—Lo mejor sería encontrar trajes amarillos.

—Si. Vamos a buscar un almacén de vestuario y si nos hallamos en peligro, déjame actuar.

—¿Piensas atacarles?

—Pienso defender nuestras vidas.

Se alejaron por el corredor de aquella cosmonave desconocida para



ellos. Se deslizaron por una rampa descendente hasta llegar a la bodega de carga de la nave, iluminada débilmente por luces piloto de mantenimiento.

—¿Qué es esto? —preguntó Helena.

—Cartuchos.

—¿Cartuchos de qué?

—Cartuchos para el transporte del mineral reimgton ya limpio de impurezas, aunque no enriquecido.

Helena, mirando aquellos cilindros de tres metros de largo y un metro de diámetro, preguntó:

—¿Y están llenos?

—Tengo la impresión de que si.

—¿Los habrán cogido de la mina Gran-A?

—Seguro, estarían en el almacén de precarga.

—Entonces, ¿han robado este material?

—Sí, eso parece, pero aún no podemos estar seguros.

—Y cada cartucho, ¿cuánto mineral de reimgton puede contener?

—El suficiente para que una colonia itinerante como la Galia-Sídero-43 viaje por el espacio abastecida de toda clase de energía durante diez mil años.

—¡Uah, es importante!

—Mucho. Estos cartuchos de reimgton valen una fortuna si están llenos. Piensa que del destruido planeta Istrion, la Confederación Terrícola ha venido extrayendo el ochenta por ciento de toda la energía que consumía.

—Sí, es evidente que el planeta Istrion, como productor de mineral reimgton, era muy importante, lastima que se haya perdido.

—Es muy peligroso descender al planeta Istrion en las actuales circunstancias, pero si lo hacen quienes viajan en esta cosmonave, también podrán hacerlo otras.

—¿Crees que están robando?

Camil Xardor no tuvo tiempo de responder, unos pasos se acercaban. Se llevó a Helena para parapetarse ambos tras un grupo de cartuchos.

Tres hombres vestidos de amarillo se adentraron en la bodega. Encendieron todas las luces y utilizando unas telecalculadoras, se enfrentaron a los cartuchos. Desde su escondite pudieron observarlos.

—Mira, llevan una «K» en la espalda.

—Sí. ¿Qué significará?

—Ptsss, pueden oírnos...

Los tres hombres permanecieron en la bodega por espacio de unos minutos; luego se alejaron.

—Vamos —dijo Xardor.

—¿Adonde?

—Les seguiremos.

Sigilosamente, ascendieron por la rampa.

—¿Quieres llegar a la cabina de pilotaje y control, Xardor?

—Sí.

—¿Qué esperas conseguir?

—¡Quietos los dos! —ordenó una voz tajante.

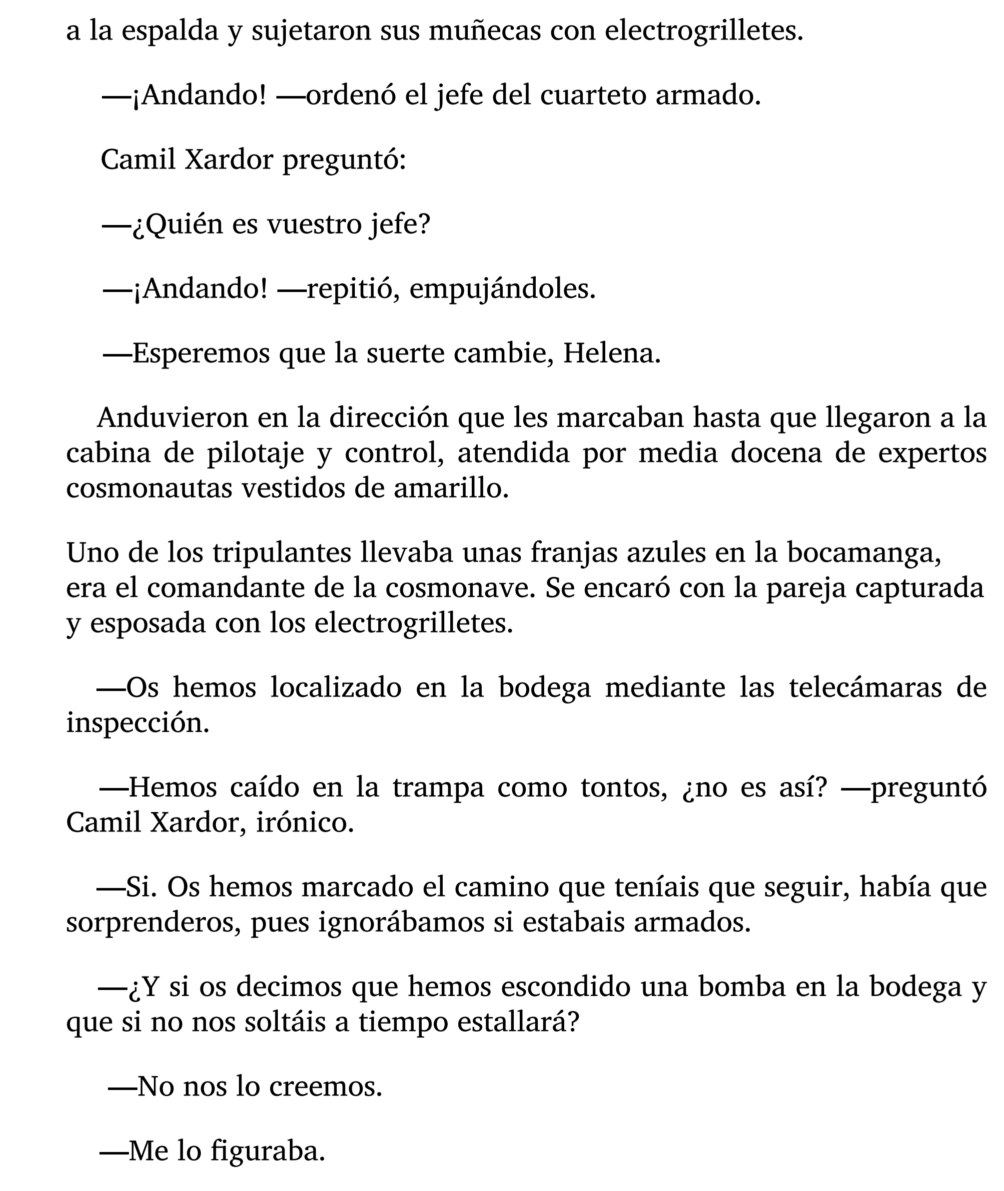
Acababan de abrirse unas puertas automáticamente y por ellas aparecieron dos parejas de hombres armados que les encañonaban con sus respectivas armas.

—¡Xardor!

—Tranquila, Helena.

—Pegaos a la pared —les ordenaron.

Xardor comprendió que era inútil rebelarse ante los cañones de las armas, la lucha no serviría de nada. Les colocaron a ambos las manos



a la espalda y sujetaron sus muñecas con electrogrilletes.

—¡Andando! —ordenó el jefe del cuarteto armado.

Camil Xardor preguntó:

—¿Quién es vuestro jefe?

—¡Andando! —repitió, empujándoles.

—Esperemos que la suerte cambie, Helena.

Anduvieron en la dirección que les marcaban hasta que llegaron a la cabina de pilotaje y control, atendida por media docena de expertos cosmonautas vestidos de amarillo.

Uno de los tripulantes llevaba unas franjas azules en la bocamanga, era el comandante de la cosmonave. Se encaró con la pareja capturada y esposada con los electrogrilletes.

—Os hemos localizado en la bodega mediante las telecámaras de inspección.

—Hemos caído en la trampa como tontos, ¿no es así? —preguntó Camil Xardor, irónico.

—Si. Os hemos marcado el camino que teníais que seguir, había que sorprenderos, pues ignorábamos si estabais armados.

—¿Y si os decimos que hemos escondido una bomba en la bodega y que si no nos soltáis a tiempo estallará?

—No nos lo creemos.

—Me lo figuraba.

—Suspiró y se volvió hacia su compañera—. Helena, ¿qué clase de chistes crees que podríamos contarles para que nos soltaran?

Helena se maravilló de la sangre fría que demostraba Camil Xardor; se permitía el lujo de burlarse de sus captores.

—Dejémonos de bromas. ¿Cómo habéis subido a bordo?

—Caminando. ¿No es eso, Helena?

—Si. claro, andando.

—No quiero bromas —gruñó el comandante de la nave.

Xardor insistió.

—Hemos dicho la verdad.

Uno de aquellos hombres vestidos de amarillo y con la letra «K» en azul sobre la espalda, amenazó a Xardor con pegarle.

—No hace falta que te molestes, yo respondo a lo que me preguntan.

—Sin burla, vosotros sois los prisioneros.

—¿De quién? —quiso saber Camil Xardor.

—Yo soy el que pregunta.

—Es cierto, se me había olvidado. Helena comenzó a tranquilizarse.

—¿En qué momento habéis subido a la cosmonave?

—Fue poco antes de que subierais vosotros. El comandante parpadeó, receloso.

—¿Dónde estabais?

—En la boca de la mina.

—¿En la boca de la mina? No es posible.

—Sí lo es. ¿Quieres que mintamos?

—Está bien, seréis interrogados cuando lleguemos a nuestro destino. Por cierto, estamos a punto de arribar.

—¿Cual es nuestro destino? —inquirió Helena.

—El planetoide Absalon.

Al oír aquel nombre, Camil Xardor dijo rápidamente.

—El planetoide Absalon es propiedad de Rudolph Kramer.

—Por lo visto, la radiactividad no te ha afectado del todo el cerebro —rezongó el comandante de la cosmonave—. Efectivamente, el planetoide Absalon es propiedad de Rudolph Kramer. —Xardor, la «K».

—Es cierto —aceptó Xardor—. La «K» debe ser de Kramer.

—Has vuelto a dar en la diana —asintió sonriente el comandante de la cosmonave, que se sentía tranquilo al tener a los polizones espaciales bien sujetos.

El planetoide Absalon se agrandaba a sus ojos mientras despedía destellos impresionantes desde sus montañas de cuarzo, que reverberaban la luz de la estrella más próxima.

CAPÍTULO X

Dentro del gigantesco hangar subterráneo construido en uno de los cráteres del planetoide Absalon, se refugiaron las dos cosmonaves que habían del planeta Istrion.

En una pantalla gigante de televisión colocada en el hangar pudieron ver a Rodolph Kramer con su capa, su casco recubierto de brillantitos. sentado en lo que podía considerarse un trono.

—Al fin de regreso, os estaba esperando. Merecéis un premio por vuestra labor y no dudéis que yo os lo concederé.

—Ese es Rudolph Kramer —cuchicheó Xardor a Helena.

Se comporta como un emperador.

—Esta loco, y creo que no hay nada peor que un loco con poder y el poder lo da el dinero y el fanatismo. De momento, es posible que Rudolph Kramer tenga el dinero; el fanatismo puede venir después corrompiendo a unos cuantos seleccionados para que ellos canten sus excelencias. Los perros fanáticos y agresivos se crían solos.

—Silencio —ordenó el comandante de la cosmonave en que habían sido capturados.

Dos hombres armados se hicieron cargo de los cautivos y éstos fueron conducidos a presencia de Germánico. Éste les miró, preocupado.

—Hola, Xardor, volvemos a vernos.

—Es cierto, Germánico. Creí que ya no volveríamos a vemos jamás.

—Y así debía haber sido, pero has cometido la torpeza de dejarte capturar por mis hombres.

—Por los hombres de Kramer —le corrigió Gessami entrando en aquel momento en la sala.

Xardor la miró y preguntó:

—Usted es la hija de Kramer, ¿verdad?

—¿De qué me conoces?

—Oí comentar que el viejo Kramer tenia una hija bellísima.

Helena volvió su rostro hacia Xardor con un destello de celos en sus ojos que no pudo ocultar. Por su parte. Gessami sonrió complacida; si había sentido alguna animosidad hacia el cautivo, ésta acababa de esfumarse.

—Han sido descubiertos como polizones en una de nuestras cosmonaves —explicó Germánico.

—Es muy raro, ¿verdad? —opinó Gessami.

—No es tan raro. No teníamos donde escondernos y al encontrar la cosmonave nos metimos dentro. Se puso en marcha y cuando llevábamos un tiempo viajando hemos sido descubiertos —explicó Helena.

—Es una historia demasiado simple para que la creamos —gruño Germánico.

—A veces, lo más simple es verdad —objeto Xardor.

—¿Qué es lo que has descubierto? —preguntó Germánico.

—¿Sobre qué?

—No te hagas el idiota, sé lo listo que eres.

—Gessami preguntó:

—Os conocíais, ¿verdad?

—Si, si nos conocíamos. Hubo un tiempo en que hasta llegamos a creer que podíamos ser amigos, pero Germánico tenía más ambiciones que yo y nos alejamos el uno del otro.

Gessami se le acercó ondulando su bello cuerpo, lo que molestó a Germánico, pero éste no se atrevió decir nada al respecto.

—¿Y qué haces tú en el espacio?

—Tengo una cosmonave y llevo pasajeros o salgo en busca de aventuras, según me va.

—¿Y te has hecho rico?

—Sólo tengo mi cosmonave.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Germánico.

—En el planeta Istrion.

—¡No es cierto! —rugió Germánico, que ahora además de irritación sentía celos.

—Vamos, Germánico, es lógico lo que dice, por eso se metió en la cosmonave de mi padre.

Gessami acarició el rostro del cautivo aprovechando-se de que tenía las manos bien sujetas a la espalda y le preguntó:

—¿Sufriste una avería?

—Sí, un fuerte recalentamiento y tuvimos que hacer contacto con el planeta Istrion. Creíamos que la muerte nos rondaba hasta que encontramos la boca de la mina.

—¿Lo ves, Germénico, como todo tiene una explicación lógica?

—No podemos fiarnos, Xardor es demasiado listo.

—Parece que me tengas miedo, Germánico.

—Yo no le tengo miedo a nadie.

—Entonces, suéltame.

—Ni lo sueñes, eres un cautivo.

—¿De quién?

—Del imperio Kramer.

—No digas idioteces, no existe ningún imperio Kramer.

—Pronto existirá.

—¿Con el poder que os dará poseer el mineral de reimgton?

—¿Lo oyes, Gessami? Quiere saber más y más. Lo mejor es eliminarlos a los dos y cuanto antes.

—No te precipites, Germánico —le atajó Gessami—. Yo no los considero peligrosos. Están cautivos y nadie puede venir hasta aquí a rescatarlos, somos invulnerables. Por cierto, ¿la mujer que te acompaña es tu chica?

Xardor miró a Helena; ésta, en silencio, esperó sus palabras con el mismo interés que Gessami.

—Es mi pareja. Ella me ama y yo la amo a ella.

—¿Mucho, mucho, mucho? —preguntó irónica, encarándose ahora con Helena.

—¿Y a ti qué te importa? —replicó la joven, molesta.

Gessami abofeteó el rostro indefenso de Helena, pues sus manos continuaban bien sujetas a la espalda con los electrogrilletes.

—Eres cobarde —le escupió Xardor.

Germánico empujó a Xardor y éste reaccionó dándole dos patadas de karate que consiguieron tumbarle antes de que pudiera contraatacar.

Mas rápidamente tres hombres vestidos de amarillo cayeron sobre Camil, sujetándole.

Germánico, sintiéndose humillado en presencia de Gessami, golpeó duramente el rostro y el cuerpo de Xardor con sus puños mientras éste se hallaba inmovilizado por los vigilantes.

—¡Basta! —exigió Gessami.

—Yo sé lo que he de hacer con Xardor.

—He dicho que basta —exigió de nuevo Gessami, con más dureza en su voz y en su actitud.

Germánico aspiró profundamente. Helena se acercó a su compañero para preguntarle:

—Xardor, Xardor. ¿estás bien?

—Lleváoslos y encerradlos en celdas separadas —ordenó Gessami.

—¡No! —protestó Helena.

—¡Lleváoslos! —ordenó de nuevo Gessami, muy autoritaria.

—Hay que tener mucho cuidado con él —gruñó Germánico, llevándose el dorso de la mano a la boca. La piel quedó manchada de sangre, pues una de las patadas de karate le había acertado en la cara.

—Le odias, ¿verdad?

Es peligroso, eso es todo —replicó él, sin desear descubrir sus más íntimos

—¿Qué pueden hacernos aquí?

—No lo sabemos. Todo nuestro plan se basa en secreto. Si Xardor consiguiera comunicarse con el exterior, seríamos invadidos por las milicias espaciales d la Confederación y nos aplastaría hasta hacernos desaparecer.

Gessami se rió en su cara antes de decirle:

—No es tan grave la situación.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el mismísimo Rudolph Kramer, que acababa de llegar adonde ello estaban.

—Estábamos hablando de la pareja cautiva.

—Ah, sí. No entiendo cómo se metieron de polizones en una de nuestras naves. Cabe la posibilidad que se salvaran de la destrucción del planeta Istrion por hallarse en un refugio atómico.

—No es así, padre. Dicen que sufrieron una avería en su cosmonave y tuvieron que posarse sobre el planeta Istrion. Se refugiaron en la mina y al ver las cosmonaves, se introdujeron en una de ellas.

—¿Iban solos?

—No lo sabemos. Habrá que interrogarlos y después del interrogatorio, lo mejor para evitar peligros e exterminarlos.

—Si nuestro secreto es descubierto, estaremos perdidos.

—Tienes razón, Germánico. Después de los interrogatorios, los desintegráis y así no quedará ni rastro de ellos.

—Padre, no creo que haya que precipitarse en la desintegración de los

cautivos.

—No te metas en esto, Gessami.

Al verse cortada y sabiendo que las órdenes de su padre eran inapelables si se trataba de modificarlas públicamente, Gessami apretó los labios, signo evidente de que se sentía molesta, y se marchó.

—Yo me encargaré de los interrogatorios —dijo Germánico.

—La mujer es hermosa, ¿verdad? —rezongó el viejo Kramer.

—Sí, muy hermosa.

—Andamos escasos de mujeres, ¿no crees?

—Si, hay escasez de mujeres y hacen falta para tranquilizar a los hombres que trabajan aquí.

di ˆ

—No quiero que nazcan criaturas, las mujeres embarazadas sólo traen problemas. Las mujeres que trabajen aquí deben tener un severo control de natalidad y las que sean consideradas esclavas, serán esterilizadas quirúrgicamente.

—¿Quieres convertir a la cautiva en esclava?

—¿Por qué no aprovecharla, si es hermosa? Después todo, con colocarle el casco borrador de memoria, dejará de ser un peligro. No se acordará de quién es ni de dónde está. Se la sugestionará adecuadamente para que cumpla su cometido de esclava complaciente.

Germánico sonrió, aquellas órdenes le parecieron muy agradables de cumplir y pensó que Gessami recibiría una lección.

Había querido provocarle y, por otra parte, existía el peligro de que pudiera encapricharse de Xardor, ya que estaba mimada en exceso, no en vano había sido la hija única de un octogenario, un hombre que había prolongado su fertilidad e incluso su vida gracias a la ciencia médica, pagando honorarios de mecenas a los médicos más importantes.

Se dirigió a la sala desde la que se controlaba todo el planetoide Absalon. Allí no entraba nadie más que el propio Rudolph Kramer y su brazo derecho, Germánico, que ya se sentía como si fuera emperador.

Iluminó las pantallas de observación y pudo ver como máquinas, nombres y robots, trabajaban en la des-su carga de los valiosísimos cartuchos cilíndricos cargados con mineral puro de reimgton, la materia núcleo energética más codiciada por la avanzadísima civilización terrícola.

CAPÍTULO XI

Todos estaban pendientes del desembarco de los cartuchos que contenían el mineral puro de reimgton. el valiosísimo mineral sobre el que estaban fundamenta-dos los pilares de la nueva tecnología de la civilización terrícola como ocurriera en las postrimerías del siglo XX con el petróleo, y en el siglo XXX con el uranio y el plutonio.

Gessami disponía en sus aposentos de un complejo sistema de pantallas receptoras conectadas al sistema general de telecámaras de vigilancia.

También tenía seis terminales conectadas al computador general y que controlaba hasta los lugares más recónditos del planetoide Absalon.

había debido convencer a su padre para que le montara de forma privada aquel complejo sistema que ser-vía a la mujer para no aburrirse, espiando a toda la colonia.

Gessami había convencido a su padre diciéndole que así podría vigilar a los demás cuando éstos no se creyeran vigilados; de esta forma, sorprendería a los infractores.

Tecleó para exigir al ordenador general una visión del lugar donde se hallaban recluidos los prisioneros.

Se iluminaron de inmediato dos pantallas y ambas mostraron habitáculos pintados de blanco con luz indirecta. En aquellas dependencias no había más muebles que sendas literas.

En una de las pantallas, tendida, apareció Helena.

—Gessami pudo ver las curvas de su cuerpo y sintió un pinchazo de celos. No podía negar que Helena era muy hermosa; decir lo contrario era engañarse a si misma.

En la otra pantalla pudo ver a Camil Xardor tendido también en su litera, boca arriba, con las manos cruzadas tras la nuca y sosteniendo la cabeza a modo de almohada.

Los dos cautivos no podían comunicarse entre sí, puesto que se hallaban en dependencias totalmente separadas.

Estuvo contemplando a ambos desde su situación de privilegio durante varios momentos.

—¿Cómo te encuentras, Xardor?

Xardor se incorporó en su litera y también lo hizo Helena, pues Gessami había abierto la telecomunicación con ambos habitáculos o mejor hubiera sido llamarlos celdas, que recluían a la pareja cautiva por separado.

Mas sólo Xardor podía responder, pues Helena, aun-que hubiera gritado, no se la habría oído en parte alguna. Gessami había comenzado un juego y seguía adelante.

—¿Quién habla? —preguntó Xardor, mirando en torno suyo.

—Soy Gessami, la hija de Rudolph Kramer, heredera del imperio Kramer.

—Supongo que me debes estar viendo en una pantalla espía, ¿no?

—Si, estás en lo cierto, puedo controlar cada uno de tus movimientos. Si duermes, lo sabré; si comes, también. —Se echó a reír, cínicamente—. Eres como un ratoncito cautivo para mí, un animalito con el que puedo jugar a placer.

—¿Sólo un ratoncito? —preguntó Xardor, sin molestarse en buscar el objetivo disimulado de la telecámara espía que lo observaba en su celda.

Volvió a tumbarse en la litera, boca arriba, como quien se tumba sobre un prado verde mirando a un cielo azul.

Helena sí miraba en torno suyo, pero sus palabras no llegaban a parte alguna y Xardor ignoraba que ella le estaba oyendo.

—Aquí hacen falta hombres listos, fuertes, inteligentes.

—¿Y crees que yo soy todo eso? —preguntó Xardor. que bien podía sentirse como ratón entre las garras de una gata perversa.

—La verdad es que no, no creo que seas tan lista

—¿Por qué? —preguntó, indolente.

—Porque te has aparejado con una mujer estúpida.

Helena se estiró en su celda, apretando los puños de rabia, pero impotente ante aquella situación que juzgaba humillante.

—¿De veras crees ser más lista que ella?

—No lo pondrás en duda, ¿verdad?

—No te conozco lo suficiente, Gessami.

—Pues puedes estar seguro de que soy más inteligente. Admito que esa mujer te acompañe, es hermosa aunque hasta cierto punto, porque es de una belleza tonta y sosa. Claro que si lo que deseabas era una mujer objeto para tenerla en un lugar que no molestase, tomarla en la oscuridad de la noche y luego volverla a dejar para que se alimente y cuide, no has elegido mal.

—Gessami, creo que estás celosa.

—¿Celosa? —Se echó a reír de nuevo, pero Xardor comprendió que era una risa forzada, una risa que en vez de encubrir delataba sus sentimientos.

—Me imagino que no te habrá sido difícil enamorar a Germánico.

—¿Qué tratas de decir?

—Germánico es un hombre muy ambicioso y se enamoraría de la hija del imperio Kramer aunque ésta tu-viera tres narices y cuatro ojos.

—Germánico es muy valioso para mi padre, el plan del imperio Kramer es idea suya.

—¿Imperio Kramer? ¿Pretendéis volver al medioevo?

—Al medioevo de la galaxia con tecnología avanzadísima, tendremos el máximo poder.

—Sueños de locura.

—No son sueños, son realidades.

—Llegará el momento en que despertéis y quizá entonces sea demasiado tarde para vosotros porque hallaréis la muerte en vuestra locura.

—Hallaremos el triunfo. Mi padre está anciano aunque él no quiera admitirlo y consuma mucha ciencia médica luchando contra la muerte, pero no tardará mucho en que yo sea la emperatriz de Kramer.

—¿Y Germánico, el emperador consorte? ¿O acaso habéis buscado algún otro emperador en la galaxia, alguna civilización lejana de avanzada tecnología y granes riquezas?

—Te estás burlando, condenado.

—¿Te molesta que me tome un poco a burla vuestros planes?

—Nuestros planes no son ninguna burla, no son ninguna estupidez.

—Un juego de niños que no lleva a ninguna parte —siguió replicando Xardor en tono burlón y provocativo, con deseos de exasperar a Gessami.

—Hemos destruido el planeta Istrion para que nuestro plan siga adelante y nos convirtamos en los más ricos de la galaxia.

—¿El planeta Istrion? Imposible, la destrucción del planeta se debe a un cataclismo telúrico.

Esta vez, Gessami se rió con ganas. Ansiaba demostrar a su cautivo que era poderosa, muy poderosa.

—Te equivocas, lo hemos destruido nosotros.

—No lo creo.

—No lo crees porque era un plan a todas luces inimaginable, pero ha sido una realidad y ahora estamos llevándonos todo el mineral reimgton que había ya en los almacenes y luego nos llevaremos el que podamos extraer del interior de la mina. Todos creerán que en las condiciones adversas en que ha quedado el planeta, la extracción del mineral es imposible, pero no lo es.

—No puedo creer que vosotros lo hayáis destruido. De haber bombardeado el planeta, os habrían descubierto las cosmonaves milicianas de vigilancia que siempre permanecen alerta, máxime en el planeta Istrion, nuestro principal proveedor de mineral reimgton.

—Todo se tuvo en cuenta.

—Sigo sin creerlo.

—Te pica la curiosidad, ¿verdad?

—No importa que no me digas nada, no puedo creerlo. Ha sido demasiada destrucción, hubieran hecho falta demasiadas bombas juntas.

—Y fueron muchas bombas juntas, sincronizadas. Por eso, todo el planeta se resquebrajó al unísono y se produjo el calor necesario para que nada vivo sobreviviera y ni una gota de agua quedará licuada. Fue el reino del magma ígneo.

—Es imposible, no podíais llevar tantas bombas nucleares de alta potencia al planeta Istrion con la vigilancia que había.

—¿Sabes quién era Gilion?

—Si, Gilion era amigo mío.

—Efectivamente, era, porque desapareció también en la destrucción del planeta. —¿Qué quieres decir?

—Gilion fue quien llevó las bombas al planeta Istrion sin saberlo.

Camil Xardor quedó un instante pensativo. Luego, pálido, preguntó:

—¿Los robots?

Gessami volvió a reírse, ahora de satisfacción.

—Lo has acertado, Xardor, lo has acertado, mereces un premio, fueron los robots.

—¿Ellos llevaban las bombas?

—Esos robots fueron construidos en una factoría de mi padre, la factoría venusina y cada robot era en si mismo una bomba nuclear. Empleados para trabajos, tenían pocas posibilidades, esos robots sólo podían desplazarse hacia el lugar que se les ordenara y una vez allí, permanecían quietos. Después todos los robots, sincronizados, estallaron al mismo tiempo.

— Entonces, ¿el accidente que tuvo Gilion fue provocado?

—Sí, Germánico lo tenia todo preparado. Escogió los sitios adecuados y en furgones de carga se fueron distribuyendo los robots por todo el planeta Istrion, especialmente donde había colonias. También se introdujeron en los cráteres profundos, en las simas, en los

barrancos. Un plano perfecto de la superficie del planeta Istrion indicó cuales eran los lugares idóneos para colocar los cientos de bombas nucleares de fisión y cada robot era una bomba autónoma pero que estallaría sincronizada cronológicamente con las demás y el efecto ya has podido verlo.

—Monstruoso —gruñó Camil Xardor entre dientes ante la explicación que acababa de oír.

—Monstruoso pero perfecto, una idea genial de Germánico que mi padre Rudolph Kramer. con todo su poder para fabricar cosmonaves, robots o bombas nucleares, llevó a la práctica. Nadie sospechó nada y nadie sospechará. Todo el mineral de reimgton será nuestro y nosotros lo venderemos al precio que queramos, un precio alto, por supuesto. El mineral de reimgton vale mucho y el que lo quiera tendrá que pagarlo al precio que nosotros impongamos.

—Terminará descubriéndose que ha sido robado.

—No. eso no, porque los cartuchos serán cambia-dos. Los próximos cartuchos contenedores de reimgton llevarán la marca Kramer y haremos creer que extraemos el mineral del planetoide Absalon y aquí nadie podrá posarse salvo que nosotros lo permitamos. Es propiedad privada como una isla espacial.

—Sospechará que el mineral lo traéis del planeta Istrion.

—No. nadie sospechará. Tenemos cosmonaves idea-das especialmente para introducirse en la atmósfera de vapor recalentado y luego la mina Gran-A ya está acondicionada para seguir trabajando. Montaremos una red de vigilancia en el interior del planeta y la nave que consiga traspasar la capa de vapor recalentado, será destruida. Todos pensarán que ha sido un accidente y que no pueden conseguir ya la extracción del mineral por ser el planeta Istrion totalmente hostil. Un plan genial, ¿verdad? Totalmente genial, porque nuestra actual civilización tecnológica está basada en ese indispensable mineral. Prescindir de él. regresar al plutonio, al uranio, a la fuerza solar, a los restos del petróleo, es como volver a la prehistoria de nuestra civilización tecnológica y para que ello no ocurra pagarán el precio que pidamos por el mineral. No habrá nadie más rico que nosotros.

—Cometeréis algún fallo.

—Ninguno —Gessami volvió a reírse—. Todo está bien planificado, no hay fallos.

—Yo he conseguido llegar a una de vuestras cosmonaves sin que os dierais cuenta.

—Pero al final has sido descubierto y capturado. De todos modos, después de lo ocurrido, aumentaremos la red de vigilancia. Hemos averiguado que en torno al planeta Istrion orbitaba una cosmonave «Drac-555» pero ya se ha marchado rumbo al planeta Tierra. Habéis sido abandonados.

Camil Xardor, tendido sobre la litera boca arriba, tuvo que pensar aceleradamente.

Oponer resistencia iba a ser tan inútil como absurdo; había que emplear la astucia del zorro para que no se le mirase como a un elemento peligroso.

—Bueno, parece que no hay nada que hacer, todo está en vuestras manos.

—Al fin lo admites, Xardor, así demuestras más inteligencia.

—¿Y qué tengo que hacer para salvar la vida? Después de todo, soy joven y no tengo por qué morir, me refiero a ¿qué me importa a mi que Kramer sea el rico y no otro?

—Muy bien, Xardor. Si quieres salvar tu vida, puedes intentarlo.

—¿Cómo?

—Acogiéndote a mi protección. Germánico quiere desintegrarte, asegura que eres muy peligroso.

—Cuando la partida está perdida hay que saber someterse al destino. ¿Qué puede hacer un hombre solo y desarmado?

—Nada, absolutamente nada, y menos si no goza de mi protección.

—La protección de la futura emperatriz de Kramer.

—Así es.

—¿Y cómo puedo gozar de esa protección?

—Repudiando a tu pareja.

Al exigir semejante condición. Gessami miró también la pantalla en la que podía espiar a la cautiva Helena para ver qué reacción tenia.

Helena se revolvió en la litera y miró con más obsesión hacia el techo buscando la cámara oculta. Se puso a gritar, mas nadie iba a oírla porque Gessami había anulado el sonido de la celda desde su panel de controles.

—¿Y cómo voy a repudiarla?

Gessami. que se había asegurado de que Helena podía oír perfectamente la conversación entre Xardor y ella, pues deseaba que escuchara todas las palabras que el hombre pronunciaba, le dijo:

—Repúdiala ahora mismo, di que no deseas acostarte más con ella.

Xardor se encogió de hombros como si fuera el más desalmado y cínico de los terrícolas.

—Pues la repudio y no deseo acostarme más con ella. Me importa menos que un pedrusco basáltico espacial.

Al oír aquello. Helena se encogió sobre si misma.

Ocultó el rostro entre sus muslos y comenzó a sollozar convulsivamente.

Gessami sonrió ampliamente, su juego de maldad le estaba proporcionando las satisfacciones que deseaba; después de todo, ella tenía a los cautivos en sus manos

—Muy bien, Xardor. Para que quedes bajo mi protección te convertiré en mi servidor privado. Daré orden para que te traigan a mi presencia, pero no olvides una cosa: en el momento en que cometas una estupidez, Helena la repudiada, recibirá una descarga eléctrica en su hermoso cuerpo que la tortura y si la estupidez es muy grave, ella morirá entre horribles sufrimientos y tú le habrás causado ese daño. Será mejor que no lo olvides, ella pagará cualquier fallo que tú cometas y aunque te importe menos que un pedrusco basáltico espacial como tú dices, estoy segura de que no desearás que sufra o muera. Tú eres de la clase de hombres capaces de morir por salvar a una hembra joven y hermosa.

—¿Tan tonto me crees?

En ese aspecto, sí, y si no podemos probarlo —le dijo, riéndose maligna.

CAPÍTULO XII

Cuando Germánico se presentó frente a Gessami, tenía el ceño fruncido y no parecía dispuesto a sonreír ni a soportar ningún tipo de broma.

—¿Por qué está libre el prisionero?

—No está libre, es mi esclavo —le corrigió ella.

—Es el prisionero y debe ser interrogado.

—Germánico, te estás pasando en tu tono autoritario. Quien manda soy yo, no tú.

—Quien manda es tu padre —le corrigió él.

La joven estiró su cuerpo hacia arriba, adoptando una actitud altiva. No estaba dispuesta a dejarse corregir.

—Soy la heredera Kramer, y a ti, Germánico, si sigues con ese comportamiento altanero, te haré desaparecer. Mejor será que seas solícito y digamos que hasta servil conmigo si deseas continuar enriqueciéndote, porque de lo contrario te eliminaré.

—Soy indispensable.

—Nadie es indispensable. Xardor está bajo mi protección y no será eliminado.

—Te gusta jugar a mujer caprichosa.

—Me gusta jugar a lo que me parezca. Xardor está dando de comer a mis perros y entrenándolos. Es inteligente y sabe lo que le conviene, por ello hará lo que le ordene y besará mis pies si ese es mi deseo.

—No puedes fiarte de Xardor. Es muy inteligente, como tú has dicho, y también astuto y peligroso.

—Sé que es peligroso y por ello he tomado mis precauciones.

—¿Qué precauciones?

—Le he dicho que a cada fallo que él cometa, su pareja la cautiva

recibirá una descarga eléctrica de tortura.

—¿Y si no le importa?

—A él si le importa, no es como tú. Sé que con tal de obtener lo que ambicionas dejarías morir a la persona que más amases en medio de la tortura, pero Xardor no es de esa clase de hombres.

—¿Cómo lo sabes?

—Intuición femenina. Aunque yo abuse de él como cautivo, aunque sea perversa como una gata, sé que a su lado puedo sentirme segura porque me protegería; en cambio, a tu lado. no.

—¿Quieres dar a entender que lo prefieres a él? —preguntó tensando los labios, naciéndolos más delgados con su actitud dura y desafiante.

—No prefiero a ninguno de los dos. De ti no me fío porque la ambición rezuma por tus ojos, no tienes piedad con nadie, y desconfío de él porque es de los que no perdonan una acción tan destructiva como la que hemos llevado a cabo en el planeta Istrion. Jamás seria una buena pareja para mi porque siempre trataría de destruir el imperio Kramer que estamos levantando. Es un hombre con el sentido de la justicia demasiado arraigado en sus entrañas. Nunca aceptaría el poder ni la riqueza, sabiendo que estaba cimentada con la sangre, la muerte y el apocalipsis de un planeta. No. él jamás seria una buena pareja para mi. soy consciente de ello.

—Pero te has enamorado de él —afirmó más que preguntó, y su tono era acusador.

—Puede —respondió ella, entre evasiva y burlona.

—Entonces, ¿para qué lo quieres a tu lado?

—Para divertirme con él. Es el juguete más hermoso y atractivo que jamás he tenido. Me aburro. Germánico, me aburro soberanamente y él me ayudará a soportar esta vida de reclusión en el planetoide Absalon.

—Una reclusión que terminará cuando seamos muy poderosos y vendamos el mineral de reimgton. Entonces las mejores familias de la Confederación y de otros planetas vendrán aquí a gozar de las fiestas de palacio.

—Sí, pero falta mucho tiempo hasta que llegue ese momento y necesito divertirme. Xardor me ayudará a matar el tiempo.

—Xardor puede ser el juguete más peligroso que puedas imaginar, porque aunque te parezca que se somete, sólo estará pensando en la forma de destruirnos y escapar.

—Lo tendré en cuenta, Germánico. ¿Crees que ya me has dado suficientes consejos? —preguntó, burlona.

Germánico expulsó el aire de sus pulmones por la nariz hasta vaciarlos.

No veía la forma de que Gessami desistiera de sus propósitos y sabía que Rudolph Kramer era incapaz de negarle nada a su hija si ésta se empeñaba en conseguirlo.

—¿Y hasta dónde piensas jugar con tu esclavo?

—¿Tú qué crees? —preguntó, provocativa.

—Si llegas a acostarte con él…

—Si llego a acostarme con él. ¿qué. mi apreciado Germánico, ya no querrás aparejarte conmigo porque otro se te habrá adelantado?

Se rió tan abiertamente que enfureció al hombre.

—Es mejor que tu padre sepa lo que sucede.

—Mi padre hará lo que yo le pida. Ah, y será mejor que la chica no sufra daño alguno. No es que a mí me importe lo que pueda pasarle, pero me sirve para mostrársela a Xardor. Axial él verá que si se porta bien, a ella no le ocurre nada.

Germánico no veía por dónde poder doblegar a aquella muchacha tan bella como diabólica.

—¿Y si han dado la alarma?

—No. He sabido que la cosmonave en la que ambos viajaban y que orbitaba el planeta Istrion fue detectada por nuestras cosmonaves y está de regreso al planeta Tierra. Nuestros cautivos se darán por desaparecidos y es lógico pensar así teniendo en cuenta las condiciones más que adversas en las que se encuentra el planeta Istrion: vapor recalentado, magma ígneo y contiguos movimientos sísmicos.

—Tus caprichos pueden ocasionarnos problemas.

—Basta, Germánico. Tú no tienes autoridad alguna sobre mi. eres un asalariado de los Kramer y yo soy una Kramer. la heredera del imperio Kramer. es mejor que no lo olvides. Tienes más poder del que nunca hubieras podido imaginar, no te creas un dios porque yo puedo derribarte, y ahora déjame en paz.

A Germénico le hubiera gustado poder escupir todo lo que llevaba dentro, pero se contuvo, sabia que no conseguiría nada y dando media vuelta se marchó, dejándola sola pero jurándose a sí mismo que aquella situación la resolvería y sin tardar mucho tiempo.

Gessami se sentía feliz, el tedio la había abandonado al fin. ya tenía con qué divertirse mientras su padre

Germánico llevaban adelante sus planes, sus emociones.

El mineral de reimgton estaba llegando ya a sus almacenes, robado del planeta Istrion, y el gobierno de la Confederación Terrícola ignoraba aun el desastre del planeta.

Cuando llegaran las cosmonaves de observación y de rescate, aunque estas últimas ya nada pudieran hacer por salvar a nadie, pues no había supervivientes en el planeta Istrion. los hombres de Kramer ya se habrían llevado una considerable cantidad de mineral de reimgton, el suficiente para considerarse ricos.

Gessami hizo disponer su pequeña piscina, pues por sus dimensiones podía considerarse más una piscina que una bañera. Aquel capricho había costado a su padre muchos galisoles, no era fácil hallar el agua en el planetoide Absalon. pues había que conseguirla descomponiendo otros minerales.

Se bañó en medio de sales perfumadas y cuando salió fue masajeada con una sustancia lechosa que abrillantó y tensó aún más su fina y cuidadísima piel.

—¿Qué vestido desea ponerse?

—Braguitas de rubíes, sujetador también de rubíes y túnica larga de gasa rosada. Quiero un peinado con diadema de brillantes venusianos.

La doncella, atenta a los deseos de su ama. la vistió. Las braguitas de rubíes eran puras piedras preciosas engarzadas en finísimo platino.

Los sujetadores de pechos eran pequeños y agujereados en sus centros para que sobresalieran hacia apelan te los pezones que. untados en un aceite afrodisíaco, permanecían erectos, viéndose muy alargados, excitantes.

Los cabellos quedaron sueltos sobre la espalda, sujetos sólo por la fulgurante diadema. La túnica de gasa rosada y transparente completó el atuendo terriblemente provocativo.

—Quiero que me sirvas manjares naturales en mi habitación.

—¿Naturales, señora?

—Si. langosta con salsa afrodisíaca, caviar, champaña...

—Si la señora me lo permite, le recuerdo que todo lo que pide se guarda en las cámaras frigoríficas de seguridad.

—Sé dónde se guardan todos estos alimentos y lo que ha costado traerlos ultracongelados desde el planeta Tierra, pero yo los quiero ahora y cocinados en su punto. Sí no es así, prepárate porque puedes ser destinada abajo y de allí no saldrás jamás.

La criada tembló, sabia muy bien lo que significaba la palabra «abajo», el peor lugar de trabajo, junto al núcleo energético que alimentaba a la pequeña ciudad donde residían.

Cuando creyó que lo tenía todo listo, dio la orden por su videófono.

—Que el esclavo Xardor traiga a los perros a mis

aposentos.

No tardó en encenderse la luz verde de la puerta de sus aposentos privados.

Con un telemando, franqueó la puerta y apareció Xardor llevando dos grandes perros mutados de cabezas extraordinariamente grandes y doble hilera de dentadura.

Detrás de Xardor iban dos hombres de amarillo con la letra «K» azul en la espalda y llevando armas en sus manos; eran dos vigilantes.

—Pasa, pasa con los perros —ordenó Gessami. Viendo que los vigilantes armados iban a entrar también, ordenó—: Vosotros quedaos en el corredor por si os necesito.

Xardor miró a Gessami, tan bella como provocativa.

—Magníficos perros —dijo, por comentar algo.

—Son perros mutados artificialmente, únicos en su género, capaces de partir a un hombre en dos con sus mandíbulas.

—Si, ya me he fijado que tienen la boca excesivamente grande y ancha. ¿No será un problema mantenerlos aquí, en un planetoide donde no es fácil encontrar carne?

—Cuando tenga más esclavos, no faltará la carne para los perros. —¿Carne humana?

—¿Por qué no? —dijo ella cínicamente—. Después de todo, ellos no hacen distingos.

—Es un poco peligroso —observó Xardor, como siguiendo la broma.

—¿Ah. sí, por qué?

—Si los acostumbráis a comer carne humana, quién sabe si un día, acuciados por el hambre, dan una dentellada a su ama.

—¿Cómo se han portado los perros? —preguntó ella medio dándole la espalda como si pretendiera exhibir su cuerpo, que podía verse a través de la gasa transparente.

—Para ser unos mutados. bastante bien, aunque un peso de cien kilos es excesivo para un perro.

—No hay problema para su alimentación, comen los huesos artificiales que están provistos de toda clase de proteínas.

—¿Y tenéis más animales por aquí?

—Mi padre tiene peces.

—Peces?

—Sí, le agradan los peces, no soporta los ruidos molestos.

—¿Y los perros mutados?

—Bah, no ladran. Además, son más inteligentes de lo que imaginas. Les fue inoculado ácido ribonucleico y desoxirribonucleico de otros perros perfectamente enseñados y están preparados para toda clase de

emergencias.

—¿Y obedecen las órdenes en todas las lenguas?

—Aparentemente si, pero la seguridad total de obediencia es al telemando por ondas.

—¿Tienen receptores en el cerebro?

—Sí, y a las órdenes por teleondas son totalmente fieles.

—¿Y quién tiene el aparatito para controlar a estas preciosidades con boca de cocodrilo chato?

Ella sonrió, burlona.

—No esperarás que te lo diga, ¿verdad?

Se encendió la luz verde y Gessami pulsó un botón que abrió la puerta.

Apareció la doncella con un carrito movido por un motorcito eléctrico ultrasilencioso y que estaba cargado de manjares exquisitos y bebidas.

Automáticamente se desplegaron unas alas que ampliaron la superficie del carrito, convirtiéndolo en una mesa movible.

—¿Algo más? —preguntó la doncella.

—No, puedes marcharte.

—Hum, esto parecen manjares de dioses —opinó Xardor.

—Criados en piscifactorías propiedad de mi padre y traídos al planetoide Absalon por una cosmonave especialísima.

—Valdrá una fortuna cada bocado.

—Lo vale y yo puedo permitírmelo.

Cogió una langosta entre sus manos y la olfateó. Estaba entera y era hermosa.

—¿Cuánto crees que puede costar esta langosta preparada ahora con horno de microondas?

—¿Aquí en el planetoide Absalon?

—Sí, traída desde el planeta Tierra y preparada aquí.

—No sé. ¿puede valer mil galisoles?

—Cuesta el equivalente a lo que puede ganar un ayudante de ingeniero trabajando toda su vida.

—¡Cáspita! Esta langosta es tan valiosa que merecería estar en un museo.

—¿En un museo?

Gessami se echó a reír y lanzó la langosta al aire.

Se abrieron las fauces del perro mutado y la langosta crujió entre sus mandíbulas. Con cuatro dentelladas, el animal se tragó a la langosta después de triturarla con cáscara, pinzas y todo.

—¿Quién puede permitirse estos caprichos? —preguntó la joven entre arrogante y desafiante.

Xardor. mirando cómo terminaba de moverse la garganta del perro mutado, dijo:

—Sólo una mente enferma.

Gessami volvió a reírse.

—¿Crees que estoy loca?

La miró directamente a los ojos y después preguntó: —¿Y si lo estuvieras, y también tu padre y Germánico? ¿A qué mente sana se le ocurriría si no destruir todo un planeta con millares de seres humanos utilizando bombas nucleares metidas dentro de robots para robar el mineral reimgton?

—Eres muy ingenuo. A lo largo de toda la historia de la civilización terrícola estos hechos se han producido continuamente. Las guerras no beneficiaban a los pueblos sino a los que las dirigían, si salían vencedores, naturalmente. Al pueblo, como compensación, le daban el derecho al robo sin inhibiciones, el derecho a matar y a expoliar sin peligro de ir a la cárcel. ¿Qué más se puede pedir? Robar y robar, ésa es la verdadera historia de nuestro planeta Tierra. Los que conseguían asesinar y robar a otros se llamaban conquistadores. Luego unos versos, unas oraciones, no importa de qué religión, unas medallas a

los generales, etcétera, y todo quedaba bien, pero ¿qué había detrás de todo el teatro? Robar y robar, lo mismo que hace mi padre ahora, y si todo sale bien, se nombrará emperador y yo seré la emperatriz heredera. ¿No ha sucedido siempre así a lo largo de la historia?

—Desgraciadamente tienes mucha razón. Gessami. por eso hemos estado casi siempre gobernados por locos ambiciosos y en constantes guerras. Pero un día llegó la Confederación Terrícola, las guerras terminaron y todo comenzó a ser más justo.

—Hasta que llegaron los Kramer y fundamos nuestro imperio —se rió Gessami—. ¡Dogs. a dormir! —ordenó.

Los perros no se hicieron repetir la orden, se tendieron con sus enormes y temibles cuerpos.

—¿Y si les digo que se levanten? —preguntó Xardor.

—Ahora no te obedecerían y si se te ocurriera alguna tontería, bastaría que yo gritara para que ellos saltaran sobre ti despedazándote. ¿Te gustaría acabar despedazado entre las fauces de mis perritos?

—Francamente, no.

—Ven. acércate.

Camil Xardor obedeció a la petición de Gessami. Esta tomó un canapé de caviar y se lo acercó a la boca.

—Come, no es fácil que vuelvas a comer nada tan selecto.

—¿Por qué privarse de un goce cuando está al alcance de los dientes? —dijo él. antes de comérselo. Luego vinieron otros canapés y bebidas, que por lo costosas estaban vedadas a los viajeros del espacio, máxime cuando se hallaban tan lejos del planeta Tierra como el planetoide Absalon.

—Eres un hombre fuerte —opinó ella pasándole las manos por el tórax.

—Si sigo alimentándome así. engordaré —bromeó él.

—Quítate la camisa.

Camil Xardor quedó con el torso desnudo. Los músculos de su tórax y sus bíceps se marcaban perfectamente, y el estómago y el vientre se

veían duros y prietos.

—Magnifico, un espléndido ejemplar como imaginaba.

—¿Haces colección de machos terrícolas? —preguntó Camil, como siguiéndole el juego.

—Déjame escuchar tu corazón, quiero ver a qué ritmo palpita.

Aplicó su oreja contra el tórax de él y mientras oía el corazón iba pegando su cuerpo más y más contra el del hombre para que éste notara la tibieza y suavidad de su carne femenina.

—Lo tienes muy fuerte.

—¿El qué? —preguntó Xardor, haciéndose el tonto.

Ella apartó su rostro de él, no así el resto de su perfumado cuerpo.

—¿Qué va a ser? El corazón.

—Y ahora, ¿qué es lo que desea la caprichosa emperatriz de Kramer?

Lo que Camil Xardor ignoraba en aquellos momentos en que tenia a Gessami en sus brazos es que Helena, en su celda, estaba viendo lo que ocurría en una pequeña pantalla de televisión, pues así lo había preparado Gessami para que la cautiva sufriera y despreciara a su supuesta pareja que era Camil Xardor.

—Sentir el goce del placer…

Se apartó de él para despojarse de la túnica de gasa, quedando sólo con el bikini de rubíes en el cual los pezones estaban totalmente al aire, vistosos y erguidos como puntas de flecha.

—¿Y qué dirá tu papá? Como estáis en plan casi romano. supongo que tendrá una piscina de silenciosos cocodrilos a los cuales arrojará a sus esclavos antipáticos. Y el esclavo que se acueste con su hija tendrá el privilegio de ir a parar a las fauces del cocodrilo chato más grande que haya.

—Siempre estás bromeando, es difícil tomarte en serio, Xardor, y a mí me gustas, me gustas mucho.

Volvió a acercarse a él, le cogió por la cintura y acercó sus labios a una de las tetillas masculinas. La succionó con fuerza, como si

pretendiera arrancársela con la boca.

—¿Germánico te hace los honores normalmente? —preguntó él como no haciéndole caso, conservándose marmóreo ante el placer sexual que ella le brindaba tan obsequiosa como provocativa.

—Germánico no tendrá jamás mis favores en la cama.

—¿Por qué?

—Es ambicioso y no amaría por mí. por mi cuerpo, por lo que pudiera ofrecerle. El sólo quiere satisfacer sus ambiciones, es peor que mi padre.

—¿Y yo si puedo tener el honor de satisfacer tus deseos de placer?

—Sí.

—¿Por qué yo sí?

—Eres diferente. Crees que estás burlándote de mí y me subestimas. Supones que no me doy cuenta de que tratas de seguirme la corriente, de decir amén a lo que yo proponga, pero que en el fondo estás pensando en rebelarte contra mí, esperando a que llegue la ocasión para lanzarte sobre mi como un tigre.

—¿De veras piensas eso de mi?

—Sí. Sé que cedes sólo porque esperas encontrar la ocasión para liberarte de tu cautividad y poder escapar. Eres peligroso.

—Y si sabes todo eso, ¿por qué me tienes tan cerca, por qué quieres que satisfaga tus deseos de placer?

—Porque así es más excitante. Sé que he de tener dos guardias armados en la puerta, sé que he de tener cerca a los dos perros gigantes mutados a la espera de cualquier orden para que me defiendan, sé que lo que deseas es correr junto a la mujer que fue capturada contigo, sé todo eso y más. Me has tomado por una estúpida ambiciosa, pero estúpida no lo soy.

—Eres muy lista. Gessami.

—Más de lo que imaginas, por eso me atraes. Sé que por tu pareja, por esa tal Helena, serias capaz de dejarte matar, pero no será necesario tanto. Vas a amarme con fiereza y delicadeza al mismo tiempo o será ella quien muera en medio de horribles sufrimientos. No

tienes escapatoria.

—¿Es así como te gusta obtener el placer?

—El placer del amor puede ser de entrega o puede ser sádico, a mi me gusta más esto último. Ama o Helena será sacrificada y tú no podrás impedirlo, Apolo del espacio. Ámame, ámame y luego sabré si he de perdonarte la vida para que sigas haciéndome feliz en mis horas de interminable tedio en el planetoide Absalon, porque si no vales tanto como supongo, serás sacrificado. Por cierto, Germánico tiene unos deseos enormes de acabar contigo. Si aún vives es porque yo te deseo, Xardor, te deseo… Bésame, acaricia mis senos, lléname de fuego como si yo fuera el planeta Istrion. Te lo ordeno, esclavo Xardor, te lo ordeno…

Sus ojos llameaban de deseo y su boca jugosa estaba abierta ansiando ser cubierta.

Su cuerpo temblaba entre las manos masculinas mientras Helena, en su celda, quería cerrar los ojos para no ver, siendo incapaz de conseguirlo. Sus pupilas seguían obsesivamente fijas en aquella pantalla que odiaba con toda su alma.

—Ramera —escupió Helena viendo que no podía impedir aquella situación y que Gessami había tenido el impudor de pasar semejante escena por televisión en directo para ella sola para que rabiase y la mordiesen los más atroces celos.

En su deseo de placer, iba implícita una carga demencial de sadismo.

CAPÍTULO XIII

La mirada de Germánico brillaba de forma muy especial.

Rudolph Kramer tenia uno de sus días de baja capacidad mental debido a su senilidad y no deseaba preocuparse por nada.

—Bueno, todo el mineral reimgton está descargado en nuestros sótanos, ahora sólo falta cambiarlos de recipiente.

—Han de venir nuevos transportes.

—Si, claro —asintió Rudolph Kramer—, nuevos transportes. Llenaremos la bodega y luego dejaremos el planeta Istrion tranquilo por un tiempo para que nadie recele de nosotros.

—Sí, será conveniente que los del gobierno de la Confederación crean que es imposible rescatar nada del planeta Istrion y mucho menos ponerse a trabajar en las minas, pero nosotros sabemos que si se puede hacer.

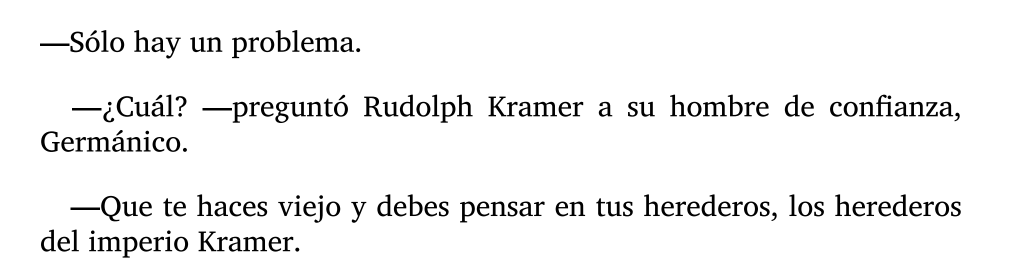
—Si, claro que puede hacerse, con mucho riesgo, pero ¿qué más da si se mueren unos cuantos? Siempre se pueden relevar, sólo hay que pagarles un salario alto y encontraremos mineros de sobras.

A Kramer le importaba poco que dos de sus guardias que siempre estaban cerca de él escucharan aquellas palabras que eran un menosprecio total a la vida de los trabajadores que empleaba en las minas y que no significaban nada para el. sólo le importaba conseguir el valioso mineral.

—La situación adversa y hostil del planeta Istrion no cambiará en siglos, quizá hasta dentro de un milenio no comience el enfriamiento y por tanto a llover, pero nosotros ya tenemos listo el túnel para introducirnos en él y trabajar en las profundidades, con los superrefrigeradores listos y toda la maquinaria necesaria para producir aire respirable.

—Todo complicado, todo difícil, pero lo conseguiremos. No obstante, hay que esperar. Si recelan de nosotros estamos perdidos. Cuando consigamos vender el mineral reimgton haciendo creer que lo extraemos de mi planetoide Absalon. si engordaremos nuestras arcas y podré construir cosmonaves para mi protección. Será el comienzo de

un pequeño pero bien armado imperio.



—Sólo hay un problema.

—¿Cuál? —preguntó Rudolph Kramer a su hombre de confianza, Germánico.

—Que te haces viejo y debes pensar en tus herederos, los herederos del imperio Kramer.

—No he tenido hijos varones, pero está Gessami que vale mucho.

—Una mujer no es lo más adecuado para gobernar un imperio que será miliciano.

—Ella se casará.

—De eso quería hablarte. Yo puedo casarme con ella.

Rudolph Kramer se lo quedó mirando y sonrió. —La verdad es que había pensado en ello; sin embargo…

—¿Qué?

—Pues que cuando venga el mineral reimgton viajarán aquí las más importantes familias de la Confederación y será mejor dejar que sea Gessami la que escoja.

—Yo conozco mejor que nadie el planetoide Absalon. He ideado las cosmonaves espaciales para navegar en las adversas condiciones del planeta Istrion, yo ideé los robots bomba.

—Sí, y jamás te faltará nada, siempre serás el hombre fuerte, pero me temo que a Gessami no le caes muy bien y después de convertirla en poderosa emperatriz no voy a obligarla a que se apareje con quien no le gusta. ¿No crees?

El rostro de Germánico se hizo más duro aún y sus ojos brillaron con furia homicida. pero Rudolph Kramer. que en aquel momento observaba una pantalla de control, no se fijó en ellos.

Germánico se acercó a un panel de control. Abrió unas palancas por las que pasaba corriente de alta tensión y luego se apartó de ellas.

—¿Has visto esto. Kramer?

—¿El qué? —preguntó el viejo Kramer. que seguía con su capa y su

casco de brillantitos que hacían fulgurar su cabeza bajo cualquier luz que incidiera en ella.

Germánico se situó tras él y antes de que nadie pudiera evitarlo le propinó un patadón que hizo que el viejo se fuera contra la palanca trifásica de alta tensión.

—¡Aaaagh!

El cuerpo de Rudolph Kramer quedó atrapado mientras saltaban las chispas en torno a él y se carbonizaba rápidamente.

Los dos vigilantes empuñaron sus armas para avanzar hacia Germánico, pero éste, sin armas, se encaró con ellos y mirándolos con autoridad y muy fríamente, les dijo:

—Ha sido un accidente, vosotros lo habéis visto. Ahora el que manda en el planetoide Absalon soy yo.

Los dos vigilantes dudaron.

El cuerpo de Rudolph Kramer estaba pegado a la palanca trifásica y totalmente carbonizado. El ambiente se había llenado de un humo hediondo.

—¿Quién os destinó a la vigilancia de Rudolph Kramer?

—Usted. Germánico —dijo uno de ellos.

—Exactamente, porque confiaba en vosotros. Siempre pensé que teníais dotes de mando. Esto va a regirse ahora como la milicia y los dos seréis capitanes.

Ambos vigilantes se miraron entre sí, sonrieron y asintieron con la cabeza.

Rudolph Kramer ya estaba muerto y nada podía ofrecerles, mientras que Germánico estaba vivo y se había hecho con el poder en el planetoide Absalon.

—Vamos, hay que comunicar la desagradable noticia del accidente. Tú quédate aquí vigilando, no dejes pasar a nadie —ordenó a uno de los guardianes.

Acompañado del otro vigilante, se dirigió a las dependencias privadas de Gessami, ante cuya puerta había dos guardias armados.

—¿Está Gessami Kramer dentro? —preguntó Germánico con tono autoritario.

—Sí —le respondieron.

—Voy a entrar.

—Primero hay que llamar —le advirtieron.

El vigilante que acompañaba a Germánico alzó la voz muy autoritario, como un enorme perro de presa que defiende a su amo, y les dijo:

—Idiotas, Germánico es ahora la máxima autoridad en el planetoide Absalon.

—¿La máxima autoridad? —insistió uno de ellos, receloso.

Germánico se quedó callado, pero pulsó el botón de llamada mientras el vigilante que le acompañaba decía:

—Rudolph Kramer acaba de morir víctima de accidente. Germánico se ha hecho cargo de todo, y lo primero que hará es estructurar la guardia.

De inmediato, los dos vigilantes se pusieron firmes, en actitud servil.

—¿Quién llama? —preguntó la voz de Gessami.

—Soy Germánico, abre.

—Ahora no puedo recibirte, tengo jaqueca.

—Lo que tengo que comunicarte es muy grave, abre.

—¿Grave? —insistió por el comunicador.

—Sí, muy grave. La situación en el planetoide acaba de cambiar y he de hablar contigo inmediatamente antes de dar a conocer la noticia por la megafonía general.

—¿Qué noticia?

—Abre —exigió Germánico, que se sentía ya dueño de todo, incluso de Gessami, a la que pensaba dominar y someter a sus deseos.

El controlaría a la nueva guardia y sería obedecido.

Gessami quedaría convertida en una sumisa esclava a la que otorgaría todos los caprichos, pero sin dejar de ser su esclava...

Se encendió la luz verde y la puerta comenzó a desplazarse antomáticamente para franquear la entrada al nuevo hombre fuerte del planetoide Absalon.

CAPÍTULO XIV

Los dos grandes perros mutados permanecían tendidos en el suelo con los ojos cerrados, como dormidos. Los labios no conseguían ocultar la doble hilera de dientes que poseían aquellas extraordinarias bocas, tan temibles como las de un gran hidrosaurio carnicero.

Gessami parecía hallarse sola en la amplia estancia en la que poseía todos los lujos propios de un palacio.

Sin embargo, la luz era artificial y los ventanales no eran más que proyecciones con hermosos jardines y paisajes terrícolas que en la realidad no existían, pero la maravilla de la proyección a color natural y tridimensional hacía que la mirada pudiera prolongarse a lo lejos como hacia un inmenso horizonte que no existía.

La mujer ocultaba su cuerpo dentro de una larga bata color carmín que la cubría hasta los pies y se cerraba al cuello, aunque dejaba un escote en punta que le llegaba hasta la mismísima cintura. Gessami seguía mostrándose bellísima en su habitual perversidad.

—¿Qué es lo que pasa?, ¿cuál es la noticia que lleva tanta prisa?

—Tu padre ha muerto.

Gessami se tambaleó ligeramente, como si le dieran un martillazo en la frente.

—¿Cómo?

—Tu padre acaba de sufrir un desgraciado accidente y ha muerto.

Hacia mucho tiempo que la joven aguardaba la muerte de su padre,

siempre le había parecido que ésta llegaría como algo natural; sin embargo, ahora le causaba una profunda sorpresa.

Ella había nacido de él cuando ya Rudolph Kramer era un anciano. Siempre lo había visto viejo, luchando contra la senilidad y la muerte, y se había acostumbrado tanto a esa pelea en la que siempre vencía su padre que su muerte súbita la sorprendía, la anonadaba, la asustaba.

—¿Cómo ha sido?

—Estaba ya muy viejo y hoy no estaba digamos muy bien. Se ha tambaleado cerca de los circuitos de alta tensión y ha quedado electrocutado.

—¿Acaso no había protección?

—Debía haberla, pero hace un par de horas que estaban con reparaciones en ese circuito y los protectores no estaban colocados.

—¡Malditos, malditos ineptos, quiero que se castigue a los inútiles que han quitado los protectores! —bramó.

—Los castigaremos —dijo Germánico con mucho aplomo—. Me encargaré de ello, pero ahora hay otras cosas más urgentes que llevar a cabo.

—¿Más urgentes?

—Primero verás a tu padre. Mostraremos en pantalla lo ocurrido para que todos lo sepan y luego, delante de las telecámaras y con la computadora en marcha para que certifique el acto que vamos a llevar a cabo, nos aparejaremos.

—¿Cómo dices?

—Que nos aparejaremos tú y yo. De esta forma, nuestro pequeño y naciente imperio se consolidará, todos sabrán a quién obedecer. Vivirás como ahora; bueno, con más autoridad en tus manos, en tus decisiones, y yo llevaré la organización de nuestro plan y del propio planetoide Absalon. Reestructuraré la guardia y tomaré una serie de decisiones urgentes. Nombraré nuevos secretarios para delegar en ellos funciones subalternas, de alto nivel ejecutivo.

—¡Basta, basta, hablas como si todo lo llevaras en un plan preconcebido!

—Gessami, ha llegado el momento de las grandes decisiones. Ya no puedes seguir siendo una muchacha caprichosa, ahora eres la heredera Kramer. A mi todos me respetan y obedecen, y la unión entre tú y yo será la situación perfecta.

—Perfecta para ti.

—Para los dos y para el futuro imperio.

—No, Germánico, no quiero unirme a ti. Seré la nueva dueña de todo y tú serás mi colaborador, llevaras adelante el plan como lo has venido haciendo hasta ahora, nada más.

Fue Germánico quien se rió ahora, sintiéndose dueño de la situación.

Dentro de la estancia, cubriendo la puerta con su espalda, estaba el vigilante al que prometiera el ascenso a capitán de la futura guardia del imperio Kramer.

—Gessami, no lo comprendes. Quien tiene la fuerza en sus manos soy yo, es mejor que te sometas.

—Nunca.

—¿Por qué? ¿Prefieres al prisionero?

—Mil veces antes que a ti. Es peligroso, pero noble. De ti no podría fiarme jamás y además no siento nada por ti.

—¿Y por él sí?

—Si.

—Xardor nunca será bueno para dirigir un imperio basado en la destrucción de un planeta, en la aniquilación de tantas colonias espaciales terrícolas.

—Lo sé. pero lo tendré sometido como esclavo para que me complazca cuando yo lo desee.

—¡Perra!

Germánico golpeó el rostro de Gessami con dureza, haciéndola tambalear.

—¡Canalla!

—¡Perra!

Volvió a golpearla hasta hacerla caer sobre la amplia y redonda cama.

El vigilante se mantenía alerta sin intervenir, parecía dispuesto a ser testigo de lo que fuera y a Germánico no le importaba su presencia.

Germánico cogió las solapas finísimas de la bata de seda y la abrió violentamente, medio desnudando a Gessami. que se revolvió en vano.

—¡Apártate de mí. cerdo!

—Ya lo has oído, Germánico, apártate de ella —ordenó una voz que irrumpió en la estancia procedente del lujoso cuarto de baño.

—Xardor —rugió Germánico.

—¡Mata. mata, mata! —gritó Gessami, que se debatía entre las manos de Germánico que trataba de dominarla y poseerla violándola, convirtiéndola en su pareja por la fuerza.

Los dos perros gigantes, a la orden de su ama, se irguieron veloces mientras el vigilante, sorprendido por los acontecimientos, empuñaba su arma.

Los perros se abalanzaron sobre el hombre que atacaba a su ama.

—¡No! —bramó Germánico.

El vigilante disparó contra una de las bestias mientras la otra, de una feroz dentellada, arrancaba de cuajo la cabeza de Germánico.

Uno de los disparos incinerantes, al caer uno de los perros, alcanzó a Gessami que estaba detrás. La mujer lanzó un alarido mientras se inflamaba mortalmente.

Xardor saltó sobre el vigilante, atenazándole la muñeca armada.

Uno de los perros mutados había caído víctima del rayo incinerante de la pistola láser, pero el otro hizo crujir entre sus demoledoras fauces la cabeza de Germánico, cuyo cráneo quedó triturado entre la doble hilera de monstruosos dientes.

Xardor luchó con el guardián hasta arrebatarle el arma mientras le daba un empujón que lo hacía rodar por el suelo.

El perro se abalanzó sobre él. mordiéndole por la cintura.

—¡Agg!

La sangre brotó por entre las ropas amarillas del vigilante.

Xardor abrió la puerta e irrumpieron los vigilantes armados.

—¡La bestia! —exclamó Xardor.

Los dos guardianes, aturdidos, se enfrentaron al perro tras comprobar que había matado a su compañero y también a Germánico.

Xardor aprovechó para escapar corriendo.

Conocía el corredor por el que le habían llevado a él y se introdujo en un ascensor, descendiendo a las profundidades de aquella colonia palaciega en el planetoide Absalon.

Logró llegar adonde se hallaban las celdas, pero tres vigilantes le salieron al paso con sus armas y Xardor. ante el inminente peligro, no dudó en disparar, abatiéndolos a los tres con el rayo incinerante.

—¡Helena, Helena!

—¡Xardor, Xardor!

Se apostó frente a su puerta, oprimió el botón verde y la puerta se abrió. Helena apareció temblando ante él.

—¡Vamos!

—¿Adonde?

—Hay que escapar como sea. Kramer, su hija y Germánico han muerto, esto se va a convertir en un caos. Corramos al hangar de las cosmonaves.

Comenzó a sonar la alarma en el interior de la colonia y todos los vigilantes fueron ocupando sus puestos mientras sólidas puertas cerraban pasillos automáticamente, estableciendo compartimentos estancos.

—¡Corre, que se cierra la puerta! —gritó Xardor a Helena mientras una solidísima puerta descendía para cerrarse.

Xardor empujó un carrito de acero que contenía herramientas y la

puerta quedó atascada, aunque la presión que ejercía sobre el carrito iba destruyendo a éste.

—¡Pasaremos por debajo!

Reptaron bajo la puerta mientras el carrito se deshacía.

Ya al otro lado, la puerta acabó de cerrarse, aunque faltaban tres pulgadas para que llegara a su encaje en el suelo.

Se introdujeron por un túnel y consiguieron llegar hasta las cosmonaves. —¿Qué hacemos?

—Subamos a la que está más cerca de la puerta.

Penetraron en la cosmonave, pero las grandes compuertas del hangar se hallaban herméticamente cerradas.

Camil Xardor, un experto cosmonauta, miró el panel de mandos y descubrió que la cosmonave poseía sistema defensivo. No dudó en disparar el cañón intermitente contra las puertas, que temblaron y estallaron después, abriéndose un gran boquete.

De inmediato se produjo la violenta despresurización de la colonia y el aire comenzó a escapar hacia el exterior. La asfixia por falta de aire se cernió en torno a los hombres de Kramer, que habían quedado sin dirigentes.

—¡Afuera!

La cosmonave se puso en marcha y saltó al espacio abandonando el hermoso planetoide Absalon con sus "montañas de cristal de cuarzo puro que brillaban en el espacio al incidir en sus prismas la luz de las estrellas.

Cuando el planetoide Absalon se hacía más y más pequeño y ellos emprendían el rumbo hacia la Tierra, Helena preguntó:

—¿Qué ocurrirá ahora?

—Sólo se salvarán los que estén en compartimentos estancos; los demás morirán por falta de aire, salvo que se pongan trajes espaciales, pero éstos no les darán aire suficiente para mucho tiempo. Cuando las milicias cosmonáuticas de la Confederación vengan y se hagan cargo de este planetoide, rescatarán también el mineral de reimgton. Los Kramer y sus ambiciones han desaparecido.

—¿Y Gessami?

—También.

—Era muy hermosa, ¿verdad?

—No más que tú.

—¿Sabes que tuvo la perversidad de pasarme imagen en directo de lo que tú y ella hacíais?

—Ejem, yo, bueno, comprenderás que tenía que preparar la fuga...

—¡Canalla, te arrancaría los ojos con mis uñas!

—No hagas semejante cosa, me impedirías contemplar toda tu belleza.

Mientras la cosmonave, con rumbo automático, cruzaba los espacios interestelares en dirección al planeta Tierra para contar lo sucedido, Xardor estrechó por la cintura a Helena y la atrajo hacia sí para besarla.

Ella se resistió, pero allí no había nadie para defenderla y, en el fondo, también deseaba ceder y así fue.

Nadie turbó el amor que los envolvió en medio del espacio sideral, y las estrellas semejaron chispear con mas luz dentro de los ojos de Helena, unos ojos que, paradójicamente, se hallaban cerrados.

F I N